

La juventud, metáfora del cambio social.
Dos debates sobre los jóvenes en la Italia fascista y en los Estados Unidos
durante los años cincuenta

*Luisa Passerini**

Datos para una investigación

La investigación de dos debates muy diferentes y, en ciertos aspectos, especulativos, tiene sentido desde una perspectiva de deconstrucción de aquel concepto de joven que empieza a afirmarse en la época romántica y se consume con la muerte del *teenager* a favor de la imagen del niño, como se ha observado en la década de los ochenta de nuestro siglo. La división en periodos durante esta época debería establecerse dependiendo de los lugares en donde acontecen los hechos, pero también tendría que tener en cuenta algunas fechas significativas: la década que comprende parte del siglo pasado y parte del actual sería la fase determinante para la creación del concepto de adolescencia, que toma de nuevo la idea de juventud en términos psicológicos y sociológicos como una etapa de turbulencia y de renacimiento, germen de una nueva riqueza para el futuro, una fuerza capaz de aniquilar la miseria del pasado y que promete una regeneración tanto individual como colectiva; los años sesenta como fase final de aquel concepto, que comprende los últimos ardores juveniles, representados por los movimientos estudiantiles. En el plano teórico, los estudiantes del 68 polemizaron duramente con las concepciones sociológicas de las revoluciones como revueltas juveniles, pero en la práctica y en el imaginario colectivo destacaron la figura del joven andrógino masculino, que estaba en contra del orden existente, era portador del futuro y confiaba en un mundo de seres semejantes que comparten un mismo tiempo.

El discurso del joven y del adolescente entre esos dos periodos estuvo caracterizado fundamentalmente por la pertenencia al género masculino y a la clase media, no porque tuviera como objetivo sólo a aquellos jóvenes, sino porque adoptó su objetivo imagen como modelo establecido. Para poder analizar el discurso global de la sociedad occidental sobre

* En Levi Giovanni y Jean Claude Schmitt, *Historia de los Jóvenes II. La edad contemporánea*. Ed. Taurus, Madrid, 2000.

la juventud y la adolescencia en sus aspectos principales conviene, en primer lugar, pasar a través de los análisis parciales de algunos momentos significativos. Los debates que aquí se enjuician pueden ser considerados como tales porque contienen sus correspondientes ideologías sobre la cuestión social; pero son especulativos en cuanto que el primero procede del intento de construir élites dentro de un sistema totalitario, y el segundo porque garantiza la renovación pacífica de las clases dirigentes en una sociedad democrática con un alto grado de bienestar y con la convicción de ser una nación-modelo de los valores occidentales. En ambos casos nos encontramos ante una crisis de transmisión de valores, y muchos adultos dudan de poder ver su obra continuada por sus sucesores naturales. En el primer caso se atribuyen a los jóvenes los poderes de una misión salvadora del partido y del Estado fascista; en el segundo, la capacidad de ser la fuerza oscura y ajena que amenaza con anular la carrera hacia el progreso de la sociedad americana.

Desde el punto de vista metodológico, varios factores, entre ellos la discrepancia de las fuentes –directas en la primera parte e indirectas en la segunda- impiden considerar este ensayo sólo como el esbozo de una investigación comparada. Este más bien se configura como el núcleo de un trabajo que puede iluminar los hechos ocurridos en diferentes momentos y en distintos lugares, como etapas de un recorrido discontinuo, del discurso sobre el joven. También esto corresponde más a un intento deconstructivo que al clásico objetivo histórico de una presunta reconstrucción. Así pues, no pretendo sugerir con la presente reflexión que el sistema democrático americano se pueda comparar directamente con el fascista y muchos menos que pueda derivar en el mismo; ni que el régimen fascista haya sido el portaestandarte a nivel mundial de formas de socialización modernas: lo que es cierto para Italia, aunque haya sido una modalidad de modernización equivocada, no puede valer para los Estados Unidos.

El hecho de que los dos sistemas compartieran la estructura capitalista y, aunque de maneras diferentes, los valores occidentales, establece semejanzas en las ideologías propuestas para resolver problemas distintos en contextos diferentes: es similar el deseo de recuperar antiguos valores, como la familia, la comunidad, la patria; pero incluso los contenidos de la ilusión varían, aunque las soluciones técnicas se parezcan. Así se reproduce en ambos casos la abominación del extranjero como valor negativo, con referencia a una condición alienada y a la ruptura del vínculo social que ésta implica. Pero en el caso del fascismo todas estas expresiones no tomaban un significado pleno, pues eran parte de un intento de modernización precario e incompleto, en una estructura que carecía de recursos –y entre ellos de un nivel mínimo de democracia- para poder mantener un compromiso permanente. Por el contrario en el caso de los Estados Unidos surgieron todas

las contradicciones de la Ilustración, mientras el debate sobre los jóvenes mostraba la crisis profunda de un sistema de valores positivos y negativos concebido como baluarte de Occidente. Si el debate en la Italia fascista expone las raíces de la debilidad y de los totalitarismos, el de los Estados Unidos de los años cincuenta remite a una crítica de la democracia occidental y de sus límites.

Fascismo y juventud

El fascismo heredó de la guerra el problema de los jóvenes, que acompañaría al régimen durante los veinte años en los que dominó al país. Pero el modo de enfocar la cuestión se había configurado en parte antes de la toma de poder por parte de Mussolini en 1922. La I Guerra Mundial y los años inmediatamente anteriores y posteriores a ella señalaron un momento importante para la afirmación de un cierto concepto de juventud. Los movimientos juveniles de principios del siglo XX en Alemania y en Inglaterra plantearon enérgicamente la relación entre juventud y valores nacional-patrióticos y a la vez entre juventud y libertad, en toda la sociedad burguesa y en la familia. Estas dos actitudes confluyeron en el entusiasmo por la I Guerra Mundial, que el orden existente interpretó como la liberación de unas nuevas energías que tomaban de nuevo las tradiciones abandonadas de la patria¹.

Del mismo modo, en Italia el espíritu de unión, que en varias épocas había alentado a los jóvenes de las escuelas y de las universidades, tomó en aquel periodo un nuevo vigor como verdadera y propia conciencia de grupo. En el proceso tuvo una función importante el intervencionismo: especialmente en el Sur, los estudiantes constituyeron el punto de apoyo, moviéndose como respuesta a una crisis social y económica. Cuando terminó el periodo de Giolitti, miles de ellos fueron obligados a conformarse con puestos de trabajo que estaban muy por debajo de sus expectativas, origen social y nivel cultural (los estudiantes universitarios pertenecían en su mayoría a diferentes estratos burgueses, mientras que los que provenían de clases sociales inferiores apenas alcanzaban el 7 por 100)². Simultáneamente, se agravó el alejamiento de los estudiantes en su apoyo al movimiento obrero, actitud paralela al decaimiento a nivel nacional del sentimiento patriótico. Conviene recordar que el Partido Socialista, durante aquel periodo, estuvo totalmente ausente de la

¹ Cf. G. L. Mosse, *Le origini culturali del Terzo Reich*, Mondadori, Milán, 1968, pp. 253-281; *id.*, *Sessualità e nazionalismo. Mentalità borghese e rispettabilità*, Laterza, Roma-Bari, 1984, pp. 68 y ss; E. J. Leed, *Toma di nessuno. Esperienza bellica e identità personale nella prima guerra mondiale*, Il Mulino, Bologna, 1985, pp. 80 y ss.

² Cf. M. C. Giuntella, "1 gruppi universitari fascisti nel primo decennio del regime", en *Il movimento di liberazione in Italia*, XXIV (abril-junio de 1972), 107; E de Negri, "Agitazioni e movimenú studenteschi nel primo dopoguerra in Italia", en *Studi storici*, XVI, julio-septiembre de 1975,3.

vida escolar y desconfiaba del movimiento estudiantil, mientras que sólo los reformistas turineses se mostraron sensibles e interesados hacia estas cuestiones y hacia quienes las apoyaban.

Antes que objeto del poder, los jóvenes fueron, pues, sujetos de la transformación que el movimiento fascista intentó instrumentalizar. Inmediatamente después de la guerra estos jóvenes eran fundamentalmente estudiantes provenientes de la pequeña burguesía urbana, sometida a la crisis que padecían las clases de renta fija; de nuevo sus miembros más jóvenes se encontraron expuestos a la falta de empleo o a empleos inferiores, y esta situación se hacía más grave por su condición de ex combatientes. Tales circunstancias se encontraron con una disponibilidad total por parte de Mussolini para apoyar las reivindicaciones de los estudiantes que habían hecho la guerra, bien a través del *Popolo d'Italia*, bien por la institución de los *Fasci di combattimento* (Asociaciones de ex combatientes fascistas). El nacimiento de las organizaciones juveniles fascistas coincidió con la fundación de los *Fasci sansepolcristi* (Grupos de acción fascista) en 1919, cuando se formaron las *Avanguardie* estudiantiles con objeto de organizar militarmente a los estudiantes; estos últimos participaron en los actos violentos de los dos años siguientes al lado de las formaciones fascistas³.

Además de esta base social, el binomio fascismo/juventud encontró una confirmación en la coetaneidad generacional de numerosos dirigentes fascistas: en 1922, Benito Mussolini tenía treinta y nueve años; Italo Balbo, veintiséis; la edad de Giuseppe Bottai y Dino Grandi era de veintisiete años, Roberto Farinacci, treinta, y Cesare Maria de Vecchi, treinta y ocho; el mayor de los cuatro que encabezaron la marcha a Roma era Emilio de Bottai, que contaba entonces con cincuenta y seis años⁴. Formaban parte de la generación de la guerra que, entre 1915 y 1918, tenía de dieciocho a cuarenta años, y habían nacido, pues, durante las dos últimas décadas del siglo anterior. Más concretamente, observaba Camillo Pellizzi, los hombres que capitanearon la acción fascista pertenecían a la leva de los varones nacidos entre 1890 y 1900⁵. Aunque la adhesión al régimen no fue tan generalizada como la propaganda quiso hacer creer, el elemento juvenil constituyó un componente destacado de los primeros tiempos del fascismo: los jóvenes menores de veintiún años

³ Cf. P. Nello, *L'avanguardismo giovanile alle origine del fascismo*, Laterza, Roma-Bari, 1978, pp. 23 y ss.; M. Addis Saba, *Gioventù Italiana del Littorio. La stampa dei giovani nella guerra fascista*, Feltrinelli, Milán, 1973, cap. I.

⁴ Cf. R. Gentili *Giuseppe Bottai e la riforma fascista della scuola*, La Nuova Italia, Florencia, 1979.

⁵ Cit. por R. Treves, "Il fascismo e il problema delle generazioni", en *Quaderni di sociologia*, XIII, abril-junio de 1964.

constituyeron el 25 por 100 del movimiento en 1921, mientras que en 1924, 146 de los 220 diputados fascistas tenían menos de cuarenta años⁶.

El fascismo, utilizando estos datos generacionales, los convenció para mantener su identidad con la lucha y para representar *in toto* no sólo a la generación de la guerra, sino también las aspiraciones de la juventud en general. Los combatientes no fascistas protestaron contra estas falsedades, y recordaron que en la Asociación de combatientes, que contaba con 300.000 miembros, los fascistas constituían una minoría en 1924. Sin embargo, el binomio fascismo/juventud, aunque era arbitrario, fue violentamente defendido durante los veinte años que duró el régimen, pues los fascistas se alzaron como defensores de la generación de combatientes “traicionada” por la guerra.

De este modo, se divulgó un universo de conceptos e imágenes ya presentes en la historia de la cultura europea, dándole, sin embargo, una concreta connotación fascista: la identificación juventud/guerra, junto con sus vínculos de generosidad, sensibilidad inquieta y muerte heroica por la patria. Esta identificación estuvo muy presente en la literatura italiana de los primeros veinte años del siglo XX y procedía del romanticismo del siglo anterior. Desde los futuristas hasta D’Annunzio, el tema fue desarrollado ampliamente, proporcionando así diversos materiales que el fascismo habría de utilizar con fines políticos. El plano simbólico se camufló en el plano político, en una operación típica del fascismo, y de este modo lo que era un esteticismo de literatos se transformó en un mito práctico de la época de Mussolini. Luigi Russo definió aquella operación como una mezcla de “triunfo y mezquindad práctica del viejo «dannuncianismo»” y escribió al respecto:

Si en los primeros veinte años del siglo todos quisimos ser poetas “jóvenes” (jóvenes con la i porque así lo quería D’Annunzio) [...] Mussolini ordenó que la *mitopeia* de los estetas se transformara en *miturgia* de la política, y el juego literario se convirtió en una sangrienta realidad política⁷.

Implícito en aquel universo de imágenes y conceptos había otro atributo del joven: la virilidad, según un término usado por Giovanni Papini como título de una recopilación de textos, publicada en 1915. La masculinidad estaba considerada como algo indisolublemente unido al belicismo y a la violencia, contrapuesto a las comodidades, al dinero y al “espíritu

⁶ Cf. P. Nello, “Mussolini e Bottai: due modi diversi di concepire l’educazione fascista della Gioventù”, en *Storia contemporanea*, VIII, junio de 1977, 2.

⁷ Cf. L. Russo, “I giovani nel venticinquennio fascista (1919-1944)”, en *Belfagor*, I, 15 de junio de 1946, 1.

apoltronado”⁸. Los escritores fascistas insistieron en esta relación, sobre todo cuando la guerra civil les ofreció argumentos incontestables: en las trincheras se fundieron los tres conceptos: joven, varón y guerrero, que serían la base de la construcción de la imagen del *Duce*, idealizada de tal modo que sería joven para siempre.

Los antifascistas contrapusieron a la mitología de la generación de la guerra y de los jóvenes una crítica que negaba el concepto mismo de generación. Como escribió en 1960 Norberto Bobbio como respuesta a una encuesta de la revista *Il Paradosso*, durante mucho tiempo la izquierda consideró que el término indicaba “una situación sociológica y políticamente poco relevante”, y que “los problemas políticos no eran problemas de generaciones, sino de individuos o de grupos”⁹. Los antifascistas, pues, aclararon los límites de la idea de generación según el concepto fascista, pero no propusieron que se hiciera un uso diferente, más adecuado a la realidad social y a la coherencia de los mitos empleados. Renato Treves ha observado que muy pocas veces los antifascistas que asistieron al nacimiento del fascismo tuvieron la sensación de pertenecer a una generación; entre las excepciones, recuerda Treves, se encuentran Piero Gobetti –que definió la suya como una “generación de historiadores”- y Alberto Cappa, que en 1924 escribió para su editorial un ensayo sobre esta cuestión¹⁰.

Por lo que concierne a los que fueron antifascistas aun siendo “más jóvenes” que el fascismo, la cuestión se plantea de otro modo. Estos no pudieron dejar de sentirse miembros de una generación, pero tuvieron la sensación de que les expropiaban un sentimiento que había sido propuesto y manipulado por el régimen y por sus organizaciones de masas. Durante más de veinte años el fascismo reivindicó de varias formas su atención preferente hacia la juventud física y espiritual, efectuando superposiciones y confusiones entre los niveles de significado, que fueron especialmente penosas para aquellos que crecieron y se convirtieron en adolescentes durante la dictadura. El dramatismo de aquella experiencia ha sido relatado en las autobiografías de los muchos que pasaron de la aceptación del fascismo, con más o menos convicción, a las filas del antifascismo y de la Resistencia¹¹.

⁸ G. Papini, *Maschilità*, Vallecchi, Florencia, 1932. Sobre la conexión entre virilidad y fascismo, Cf., L. Passerini, *Mussolini immaginario*, Laterza, Roma-Bari, 1991, pp. 99 y ss.

⁹ *Paradosso*, V, 1960, 22.

¹⁰ Grilidig, *La generazioni nel fascismo*, Gobetti, Turín, 1924. Cappa especifica un problema que será crucial para el fascismo: el de los más jóvenes, que no habían participado en la guerra y por ello se lanzaron a la guerra civil, constituyendo así una amenaza para el futuro del fascismo, en cuanto que estaban insatisfechos de los resultados.

¹¹ El debate a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta expresó toda aquella problemática en publicaciones y ciclos de conferencias. Cf. *Dall'antifascismo alla Resistenza. Trent'anni di storia italiana (1915-1945). Lezioni con testimonianze presentate da Franco Antonicelli*, Einaudi, Turín, 1962. Especialmente

Como sucede a menudo con las cuestiones concernientes a la ideología y al imaginario, el fascismo presenta al respecto una trayectoria circular y repetitiva que no excluye variaciones y cambios. Para los jóvenes esto es especialmente evidente. Por un lado encontramos una iteración de temas y motivos, y por otro asistimos a una actualización de los mismos requerida por las circunstancias, junto al deterioro o agudización del problema. El debate sobre los jóvenes representó en algunos aspectos uno de los temas por medio de los cuales la sociedad reflexionaba sobre sí misma, en un momento en que no podía hacerlo más abiertamente. Constituyó también una ocasión de autorreconocimiento de los jóvenes, aunque en la forma equivocada que imponía la atmósfera fascista. Una muestra de ello es la gran proliferación de revistas juveniles en los años de 1928 a 1943, sobre las cuales escribieron gran parte de los intelectuales y artistas más interesantes de la segunda etapa de la posguerra¹².

La organización política que el régimen fascista había dado a la cuestión de los jóvenes en los años veinte expresaba el doble intento de ejercer una socialización totalitaria y de formar eficazmente una nueva élite política. En 1926 fue creada la *Opera nazionale balilla* (O. N. B.), y en 1937 la *Gioventù italiana del Littorio* (G. I. L), que quedó bajo el control del partido aunque dependía del Ministerio de Educación. Los niños de ocho a catorce años pertenecían a los *balilla*, hasta los dieciocho años a las *avanguardie*, las niñas entre los seis y los dieciséis años a las *piccole italiane* (pequeñas italianas) y las de trece a dieciocho años a las *giovani italiane* (jóvenes italianas) (una de las novedades reivindicadas por el régimen fue la de incluir a las mujeres en sus organizaciones). Estas instituciones debían obligatoriamente estar presentes en todos los municipios, mientras que las organizaciones juveniles alternativas, sobre todo las católicas, podían existir sólo en los centros con una población inferior a los veinte mil habitantes. La organización no debía sustituir a la escuela, sino que debía perdurar cuando los muchachos hubieran entrado en el mundo del trabajo. Pero de todos modos aquella terminaba por colonizar la escuela, ya que se esperaba de los docentes la más completa colaboración, sobre todo de los de enseñanza primaria¹³.

relevantes fueron las discusiones que siguieron a la publicación del libro de R. Zangrandi *Il lungo viaggio attraverso il fascismo. Contributo alla storia di una generazione*, Garzanti, Milán, 1962. Sobre la crisis provocada por la guerra en convencidos jóvenes fascistas ha aparecido recientemente un documento de gran interés, el epistolario de G. Pirelli, *Un mondo que crolla. Lettere 1938-1943*, N. Tranfaglia (ed.), Archinto, Milán, 1990.

¹² Cf. A. Folini "M. Quaranta (eds.), *Le riviste giovanili del periodo fascista*, Canova, Treviso, 1977.

¹³ G. Germani, "Mobilizzazione dall'alto: la socializzazione dei giovani nei regimi fascisti (Italia e Spagna)", en id., *Autoritarismo, fascismo e classi sociali*, Il Mulino, Bologna, 1975; T. H. Koon, *Believe Obey Fight. Political Socialization of Youth in Fascist Italy 1922-1943*, University of North Carolina Press, Chapel Hill-Londres, 1985.

La importancia de las organizaciones juveniles debe ser evaluada no sólo en cuanto al exterior, como medio de controlar y canalizar los impulsos sociales, sino también desde el interior como instrumento de formación del aparato fascista. Por ejemplo, los Grupos universitarios fascistas que acogían a los universitarios de edades comprendidas entre los dieciocho y los veintiocho años fueron creados en 1920 y nunca estuvieron formalmente incluidos en la O. N. B. ni en la G. I. L., pero constituyeron una rama especial del partido bajo el control directo de las secretarías nacionales y provinciales. Desde principios de 1927 las inscripciones al Partido Nacional Fascista se reservaron para la “leva fascista” (después se abrieron para ampliar el número de inscritos en ocasiones especiales) y sus miembros podían acceder una vez cumplidos los dieciocho años de edad. Una ceremonia anual celebraba el ritual de paso: el 21 de abril se desarrollaba un acto en el cual todos los miembros de las organizaciones juveniles daban un paso hacia adelante en los grupos clasificados según la edad o, según los casos, pasaban a pertenecer al partido¹⁴.

La organización de los jóvenes era paramilitar, como indicaban los nombres romanos de las formaciones (centurias, cohortes y legiones); la mística de la acción y de la violencia continuaba estando estrechamente ligada a la visión de la juventud vinculada a las ideas de virilidad y heroísmo. Arnaldo Mussolini en *Ammonimenti ai giovani e al popolo* (“Advertencias a los jóvenes y al pueblo”) recordaba a los jóvenes italianos “la varonil poesía de la aventura y del peligro”¹⁵. En cuanto a los jóvenes, las propuestas que el régimen les planteaba eran muy contradictorias pues reafirmaban los ideales de maternidad y de asistencia a los combatientes y a la vez ofrecían formas de emancipación en las organizaciones de masa y en el deporte. Los organizadores se preocupaban de “no alejar demasiado a la hija de la familia” y “no dejar que se hicieran grandes ilusiones de estudiar, sino encaminar a las alumnas a convertirse en buenas amas de casa y buenas madres». Cuáles eran, pues, las alternativas que ofrecían a las adolescentes: cursos de puericultura, higiene, economía doméstica, visitas a los pobres y a los hospitales e incluso bibliotecas, lecturas, cine, teatro, excursiones anuales, además de gimnasia, juegos, excursionismo y atletismo ligero. Pero cuando se trataba de equilibrar los ideales y los modelos no podían huir de la paradoja de “entretener a las jovencitas con nuestras pasadas glorias, genio y heroísmo italiano cuando, en realidad, a ellas les estaban reservados sola mente los papeles secundarios.

¹⁴ La primera ceremonia de este tipo tuvo lugar en 1932, como recuerda Fidia Gambetti, que en aquella ocasión, al haber cumplido los veintiún años, pasó al P. N. F. (Cf. *Gli anni che scottano*, Mursia, Milán, 1978, pp. 179-180).

¹⁵ A. Mussolini, *Ammonimenti ai giovani e al popolo*, Libreria del Littorio, Roma, 1931, p. 40.

Los ocho mandamientos que el fascismo proponía a las niñas y a las jóvenes contenían pocas novedades con respecto al orden existente. Así, por ejemplo, el primero les recordaba que debían “cumplir sus deberes de hija, de hermana, de estudiante, de amiga, con bondad y alegría aunque el deber a veces fuera fatigoso”; y el cuarto: “obedecer con alegría a sus superiores”, o el séptimo: “huir de la estúpida vanidad pero amar las cosas bellas”. Solamente el tercer mandamiento: “amar al *Duce*, que ha hecho nuestra patria más fuerte y más grande” da un enfoque diferente, así como el segundo: “servir a la Patria como a la más grande de las Madres”, confiriendo al sentimiento nacionalista una connotación personal que podía contener algunas formas de erotismo sublimado. Otras instrucciones de deber cívico y moral: “tener el coraje de oponerse a quien aconseja el mal o desprecia la honestidad” o “educar el cuerpo a que sepa vencer los esfuerzos físicos y el espíritu a no temer el dolor” podían acercarse en mayor medida, bien en los ejemplos ideales de adolescentes heroicas, bien en las prácticas deportivas, a lo que paralelamente proponían a los varones, pero sin conseguir modificar las contradicciones de fondo. El último mandamiento: “amar el trabajo, que es vida y armonía” apoyaba un credo difundido pero, a la vez, no podía dejar de recordar, al menos por asociación de ideas, las normas que desalentaban o impedían a las mujeres realizar ciertos trabajos¹⁶.

La orientación del presente ensayo reflexiona sobre las contradicciones de la Italia fascista por lo que concierne a las jóvenes mujeres: es significativo que, a pesar de su papel omnipresente, éstas aparezcan en tan pocas ocasiones en el debate político que se desarrolla en la prensa fascista, y, por el contrario, tengan una fuerte presencia en el cine, que refleja a su modo la problemática que reinaba en la atmósfera social. Hemos elegido dos perspectivas parciales, dos -puntos de observación de un mismo periodo, de 1928 a 1933, para examinar algunas imágenes: la discusión en torno a *Critica fascista*, como lugar de encuentro donde se amalgamaban las confusas aspiraciones de renovación y rejuvenecimiento del fascismo a través de algunas opiniones políticas sobre los jóvenes; y una parte de la producción cinematográfica, como espejo del clima social -a veces deformador, aunque de diferente manera-, que mostraba a su modo las esperanzas y los temores de los jóvenes en cuanto a ellos mismos. El *terminus a quo* se impone por sí mismo por lo que concierne a la historia política, no sólo en cuanto al fascismo, sino también en cuanto a sus relaciones con los potenciales oponentes, sobre todo respecto a una oposición

¹⁶ L. Collino, *La organizzazione giovanili*, en G. L. Pomba (Ed.), *La civiltà fascista illustrata nella dottrina e nelle opere*, Utet, Turín, 1928. Sobre las mujeres en el periodo fascista, Cf. M. A. Macciocchi, *La donna "nera"*, Feltrinelli, Milán, 1976; P. Meldini, *Sposa e madre esemplare*, Guaraldi, Rímini-Florenca, 1975; Nello, *art. cit.*, pp. 360 y ss.; V. de Grazia, *How Fascism Ruled: Italy, 1920-1945*, University of California Press, Berkeley, 1991.

aún sin formalizar, pero que después resultaría especialmente importante. Antes de 1928, Aldo Capitini escribió en *Antifascismo tra i giovani* (“Antifascismo entre los jóvenes”) ¹⁷,

aún no existía sobre los jóvenes la presión fascista, que más tarde se extendió y los alcanzó a casi todos ellos. Mis amigos y yo podíamos hacer lo que quisiéramos tranquilamente, a menos que no desempeñáramos actividades antifascistas.

El *terminus ad quem* se puede justificar también fácilmente: en 1934 se abre un periodo de actuación del discurso fascista –con las asociaciones culturales y deportivas de jóvenes fascistas, con las escuelas de preparación política y los cursos especiales de formación fascista-, lo cual acentúa la dinámica *in nuce* del periodo precedente y agrava las tensiones. Éstas empezarán a dar sus frutos en los años 1937-1939. Nos ocuparemos aquí del periodo intermedio como fase específicamente orientada por el fascismo, que funcionó como engarce entre las décadas de 1920 y 1930, los años en los que llegan a la vida Pública los jóvenes que no habían participado en la I Guerra Mundial, ni en la marcha hacia Roma, y que por reacción sentían la necesidad de lanzarse de lleno a la actividad política, de expresarse y de hacer algo “para engrandecer Italia” ¹⁸. Es un periodo en el que se abrieron todas las ilusiones fascistas, que se cerrarán en los quince años sucesivos; un periodo en el que se hace máxima lo que Alfassio Grimaldi ha definido como “la soledad de los jóvenes” y en el cual la confusión de las conciencias llega a su punto culminante. En las evocaciones del segundo periodo de posguerra estos años se recuerdan como un periodo de equívocos y de ilusorias certidumbres: los jóvenes creyeron que eran fascistas porque creyeron que el fascismo era algo diferente de lo que en realidad era, es decir, la superación del socialismo ¹⁹. Muchos de ellos pagaron caro la persistencia de aquellas ilusiones. Es el caso de Sigieri Minocchi, que fue a “suicidarse” a Libia, convencido de que era absurdo morir por aquel proyecto, o de Teresio Olivelli, joven fascista en 1939 (que había realizado una interpretación latina y católica contra el nazismo), y que fue masacrado en el campo de Hersbruck por haber defendido a los judíos. Examinaremos algunos aspectos del periodo central en el que se forman aquellas ilusiones, para intentar comprender su génesis y su utilización.

¹⁷ Edizioni Célèbes, Trápani, 1966, p. 38.

¹⁸ G. S. Spinetti, *Difesa di una generazione*, Edizioni Polilibrarie, Roma, 1948, p.121.

¹⁹ U. Alfassio Grimaldi, “La generazione sedotta e abbandonata”, en *Tempo presente*, VII (enero de 1963), 1; R. Zangrandi, “1 giovani e il fascismo”, en *Fascismo e antifascismo...*, cit., vol. I.

“Jóvenes, menos jóvenes y jovencísimos”²⁰.

La polémica sobre los jóvenes fue, a la vez, apasionada e imprecisa, dado que sus temas fueron determinados por la formulación forzada de las oposiciones internas al fascismo. El debate tuvo un periodo de máxima intensidad en la segunda mitad de 1928, cuando Giuseppe Bottai publicó en su revista, *Critica fascista*, dos de los numerosos artículos que sobre este tema aparecieron en la prensa fascista, para lanzar la provocadora consigna “confiar a las generaciones jóvenes el poder, todo el poder”²¹. Bottai era entonces subsecretario del Ministerio del Trabajo, cargo que le había sido confiado por Mussolini en 1926, a la edad de treinta años; en 1929 fue nombrado ministro del Trabajo, puesto que ostentó hasta 1932, cuando el mismo Mussolini lo destituyó por su “dinamismo demasiado peligroso” y por la aversión que le demostraron los industriales²². En el periodo, del debate, Bottai era, pues, representante de una generación que había obtenido puestos de mando insólitos para su edad, por su entrega a la guerra y a la “revolución”. Él mismo recordaba en 1926 que el fascismo había conseguido “romper violentamente la monótona sucesión de las generaciones” al anticipar, “al menos dos lustros”, el cambio generacional en los puestos de gobierno, respecto a los tiempos de la política tradicional²³.

El debate sobre los jóvenes siguió dos direcciones que se confundieron a menudo, con los consiguientes equívocos e irritaciones, y las divergencias se apaciguaron por la costumbre de declararse totalmente de acuerdo, típica de un régimen totalitario. En primer lugar, el debate fue en buena parte el eco de los descontentos por “la cuestión de los cargos”. Como el mismo Bottai experimentaría, el sistema de asignación de cargos políticos era un punto de apoyo del poder mussoliniano, aunque a la larga constituyó una grave debilidad: el hecho de depender del capricho del máximo dirigente, junto con el peso de los rumores y la relación de odio-amor entre los miembros del partido, y entre el *Duce* y sus seguidores, además de la presencia de numerosos *homines novi* de la política, eran factores que interrumpían las tradiciones que habían regido las carreras políticas; se introducían elementos de inestabilidad, en el mismo momento en que los arribistas y ambiciosos se forjaban toda clase de esperanzas. El título de uno de los artículos que entraron en la polémica reflejó este aspecto al examinar el carácter de abordaje que tomó el asalto de los jóvenes a los puestos de prestigio y de responsabilidad: “Cariche ai giovani ovvero giovani

²⁰ Título del artículo escrito por uno de los más estrechos colaboradores de Bottai en *Critica fascista* del 1 de diciembre de 1930. Éste alude a tres generaciones que formaron parte del fascismo y que se enfrentaron a principios de los años treinta.

²¹ “Un regime di giovani”, en *Critica fascista*, 1 de junio de 1928.

²² G. B. Guerri, *Giuseppe Bottai, un fascista critico*, Feltrinelli, Milán, 1976.

²³ Cit. por Treves, *op. cit.*

alla carga” (“Cargos para los jóvenes o bien jóvenes a la carga”), de Gian Paolo Callegari, arremetía con los “jovencitos del último momento, los, más furiosos” que salen de la Universidad con la obsesión de ocupar un cargo político y “si lo consiguen (por ejemplo, la vicesecretaría de organización del ocio en los barrios, como diría el amigo Longanesi), se hinchan como globos mientras se proclaman «Jerarcas»”²⁴.

La interpretación de toda la polémica sólo desde esta perspectiva reducía demasiado los términos de la misma, y además estaba apoyada por quien rechazaba la carga de significados políticos y culturales del proyecto de renovación del fascismo, que Bottai quería dar a la cuestión de los “cargos políticos”. Como resumía *Bibliografía fascista* (1929, núm 7), que más o menos explícitamente mostraba su irritación hacia las posiciones “del diputado Bottai”, “los términos de la polémica giran en torno a la renovación de los hombres en los cargos de responsabilidad y a la valoración de los jóvenes fascistas”²⁵.

La cuestión de los jóvenes, por el contrario, se prestaba a plantear la cuestión de la renovación del fascismo, incluso tendía a superponerse a ésta. Dentro de la polémica y detrás de la misma, Bottai y sus colaboradores encontraban la ocasión para expresar críticas a las actuaciones del régimen fascista, en nombre de los ideales atribuidos a los jóvenes. Contribuían así a construir un mito de la juventud y hacer de ello un momento de la lucha política, pues se utilizaba a los jóvenes como sujetos simbólicos de una tarea esencial de toda la sociedad y de su único partido. Por eso se encuentran en los mismos artículos que tratan de los jóvenes tonos muy duros a propósito de la libertad de expresión y de la situación de la prensa fascista:

Hoy día todos sabemos a qué se ha reducido, especialmente en las provincias, salvo poquísimas excepciones, la prensa del Partido: es un coro que se dedica inútilmente a la declamación y el halago; ha llegado a ser de una monotonía exasperante...²⁶

... el tono terriblemente uniforme de la prensa fascista, en la que se intenta evitar cualquier tendencia al razonamiento, a la crítica, y a la necesaria discordia de la cual pueden nacer las convicciones [... tanto es así que] las críticas fundadas y justas se transforman en un mal humor que se canaliza por vías subterráneas en habladurías, en humillaciones y en la maledicencia sistemática y anónima, en ironía grosera y feroz, hasta que todo rebasa el límite

²⁴ *Critica fascista*, 1 de octubre de 1930.

²⁵ “Ancora sui giovani e il regime”, en *Bibliografía fascista*, 7 (1929).

²⁶ G. Secreti, “I giovani e il partito”, en *Critica fascista*, 15 de agosto de 1928.

y se convierte en una inquietud generalizada [... que ha conseguido hacer] de la Italia actual una masa de autómatas amaestrados²⁷.

Además de los “vigilantes del régimen” y “el coro que se dedica a la declamación y el halago”²⁸, Bottai y los suyos polemizaban asimismo con los jóvenes demasiado ansiosos de cargos políticos. A los jóvenes *tout court* no se les debía dar “todo el poder”, sino sólo a aquellos que de verdad respondían a las características de lucha generosa, abnegación, “inquietud”. Este último término era utilizado por Bottai en sentido positivo, como característica propia de los jóvenes, aunque en un país “joven como el nuestro” tomaba una configuración muy diferente del que tenía en la vieja Europa insatisfecha.

Desde esta segunda perspectiva, más general que la anterior, la polémica ofrecía continuas ocasiones para realizar fuertes críticas a las actuaciones del Estado fascista y al orden político vigente. De tal modo adquiriría mayor sentido la provocadora aseveración que proponía darles a las jóvenes generaciones todo el poder. Sin embargo, se ponía en cuestión la escasa preparación de la juventud fascista; como había escrito en *L'impero*²⁹. Emilio Settimelli, con una jerga típica en él, se habían realizado una serie de experimentos y con frecuencia el sucesor habla demostrado ser peor que “el destituido”. Según Bottai, que de este modo colocaba la primera categoría de problemas en la segunda categoría (mientras que reducir la segunda a la primera era para él un síntoma de la crisis del fascismo), la clave para resolver el problema de los cargos de responsabilidad política estaba en el partido, del cual era necesario afirmar su carácter esencialmente político y evitar que se perdiese en los recovecos de una actividad administrativa.

Con esta orientación era inevitable insistir en la diferencia entre “Jóvenes verdaderos” y “jóvenes falsos” originando confusiones y mitificaciones del modo del pensamiento y las expresiones fascistas (los muertos que están vivos, los ausentes que están presentes, los jóvenes que son viejos y los viejos que son jóvenes) y a numerosas variaciones del mismo tema: los jóvenes no se distinguen por el hecho de nacer, sino por el hecho de expresar el espíritu del fascismo; “Joven en sentido político y nacional es el que ha hecho la revolución”, “Joven es aquel que condecora sus años con una eficiente vejez fascista”; un fascista es físicamente inadecuado para prevalecer en las lides electorales, ya

²⁷ G. Bottai, “Il regno della noia”, en *Critica fascista*, 1 de junio de 1928.

²⁸ “Un regime di giovani”, en *Critica fascista*, 1 de junio de 1928.

²⁹ Tomado por Bottai, *ibidem*.

que el fascismo es aristocrático³⁰. El debate se entremezclaba, pues, con el restablecimiento, al menos parcial, del sistema electoral; ciertos cargos podían ser elegidos, admitía *Critica fascista*, cuando alguien al que inmediatamente se le reprendía consideraba que era legítimo desear el final del “pretendido «periodo dictatorial» y el retorno al “método normal»; es decir, al estado de libertad”³¹.

La llamada “generación de Mussolini” estaba constituida por aquellos que no habían participado en la guerra; por tanto, se había formado en el periodo fascista y no podía contraponerse a la generación precedente. La obligación de no poder oponerse a ellos, sino por el contrario mantenerse de acuerdo, ponía aún más difícil la tarea de innovación atribuida a los jóvenes. Una generación se mantenía en el poder desde hacía ocho años – que de todos modos no es un largo periodo de tiempo- y toda la clase dirigente fascista, escribía Bottai, considerada en su conjunto, estaba formada por hombres de treinta años. La generación que empezaba a aparecer en la vida pública declaraba –a veces no sólo con el ánimo de hacer carrera- que “a un hombre de treinta años hay que dejarlo fuera de circulación”. Ésta era la expresión usada en una “revista de los jovencísimos”, *L'Universalle* de Florencia, que Bottai juzgaba simplemente como la expresión de un estado de ánimo, no del estado del problema³². Un estado de ánimo, podemos añadir, que resumía de modo general la situación del fascismo y sus valores. Aquí estaba el núcleo del problema de la dictadura: los jóvenes ocupaban ya el poder y los más jóvenes tenían que ser conquistados por el poder, bien con la promesa de detentarlo o bien con la de modificarlo. Los jóvenes falsos “que hacen política con los certificados de nacimiento” se conformaban con la primera promesa; los jóvenes verdaderos “que tienen una adecuada actividad en el partido, y que están por encima del arribismo de los certificados” esperaban algo de la segunda. Pero además de la distinción de los jóvenes entre verdaderos y falsos, había que admitir que existían también viejos viejos y viejos jóvenes; por ejemplo, del nombramiento de Giovanni Giurati se decía “que tiene más de cincuenta años y por espíritu y actividad es más joven que muchos de nosotros”³³.

A quien le acusaba de fomentar el mito de la juventud, *Critica fascista* rebatía que, por el contrario, eran los demás quienes sostenían, para defender sus intereses, el “mito de la experiencia y de la vejez” protegiendo a personas *que por su mentalidad y sus

³⁰ C. Pellizzi, “Aprire le finestre”, en *Critica fascista*, 1 de septiembre de 1929, y la nota redazionale en el mismo número; Callegari, “Cariche ai giovani ovvero giovani alla carica”, *cit.*

³¹ D. Montalto, “La libertà e i giovani”, en *Critica fascista*, 15 de agosto de 1929, criticado a su vez por S. M. Cutelli, “Selezione, autorità e libertà”, en *Critica fascista*, 1 de septiembre de 1929.

³² G. Bottai, “Giovani e più giovani”, en *Critica fascista*, 1 de junio de 1930.

³³ G. P. Callegari, “Elogio del vecchio”, en *Critica fascista*, 15 de noviembre de 1930.

precedentes habrían debido ser sustituidas, pero que eran inamovibles porque tenían el carné fascista “proporcionado en los buenos tiempos de principios desde 1926 hasta mediados del año siguiente”. Su actitud no se modificaría, sino simplemente fue reproducida por los jóvenes “con deseos infundados de hacer fortuna rápidamente”, junto a “una escasa voluntad de prepararse profundamente y a una actitud descaradamente frívola”³⁴.

Surge una definición del mito que atribuye a los jóvenes algunas “características naturales” como “entusiasmo, vehemencia, vivacidad y fervor” intuición, apasionamiento y orgullo, a las que hay que añadir otros rasgos que el fascismo estimula: capacidad de dominar las propias pasiones, cultura y preparación política. En este punto, el debate enlaza con otra discusión que obsesionaba cada vez más a Mussolini, la polémica sobre las características naturales del italiano “práctico, desenvuelto, intuitivo, inteligente” pero poco atento a las cuestiones de estado, al destino de Italia y a la reforma moral³⁵.

Los defensores del *statu quo* se escandalizaban ante el hecho de que hombres de veintiocho años recibieran nombramientos académicos y puestos directivos en el partido y en la prensa. Camillo Pellizzi desde el *Resto del Carlino*³⁶ lanzaba un reproche contra el mito de la juventud recordando que la importancia que se le daba a la juventud respondía a una moda, pero que ser joven no era un mérito. Alessandro Pavolini polemizaba a su vez con Pellizzi, al considerar que un pueblo en proceso de renovación tenía más necesidad de creer en mitos que de tener pan y afirmaba que en realidad a los jóvenes no se les había dado tanto espacio como se pretendía:

La juventud, los cabellos negros, las perillas son acogidos con grandes sonrisas de simpatía en las primeras páginas de los periódicos, pero cuando se trata de algo serio educadamente y sin ruido se les cierran las puertas a los jóvenes.

Todos se ponían de acuerdo con el mítico binomio “juventud y preparación”, que tan difícil era de obtener y tan vago de definir³⁷.

A principios de 1930, Mussolini publicó *Punti fermi sui giovani* (“Cuestiones firmes sobre los jóvenes”), que *Critica fascista* tomó como un apoyo a su posición sobre el tema,

³⁴ G. Secreti, “I giovani e il partito”, en *Critica fascista*, 1 de febrero de 1929.

³⁵ Secreti, “I giovani”, en *Critica fascista*, 1 de febrero de 1929.

³⁶ Del 14 de diciembre de 1928.

³⁷ “Il fascismo e i giovani”, en *Bibliografia fascista* (1929), 5-6; A. Pavolini, “Viva i giovani”, en *Critica fascista*, 1 de marzo de 1929; “Ancora sui giovani e il regime”, en *Bibliografia fascista* (1929), 7.

pero que estaban formulados, como siempre, de un modo que se prestaba a varias interpretaciones. Los *Punti fermi* incluían: 1) programa para rejuvenecer el régimen; 2) preparación de los jóvenes para el totalitarismo; 3) orientación de los mismos hacia el aprendizaje político; 4) preparación espiritual para el clima moral del fascismo³⁸. Pero la fórmula “con igualdad de méritos” introducía en el primer punto una condición mucho más difícil de respetar, por su vaguedad, mientras que el principio que se establecía en el cuarto (saber obedecer para adquirir el derecho o mejor el deber de mandar) se relacionaba con los lugares comunes habituales de los cuales abundaba el discurso y sobre los cuales nadie podía mostrarse en desacuerdo. Así como todos estaban de acuerdo sobre el carácter totalitario que debía tener la educación de la juventud (punto 2), estaban disconformes sobre las modalidades prácticas e ideales con las que se debía realizar el aprendizaje político (punto 3).

Una vez más, la ambigüedad de las formulaciones mussolinianas era útil para mediar y equilibrar entre diferentes posiciones dentro del fascismo, entre defensores y detractores de la “liberalización”, revisionistas como Bottai o Massimo Roca e intransigentes como Malaparte o Maccari. Mussolini no quería atribuir a las nuevas generaciones un papel realmente creativo, ni tampoco concederles una auténtica importancia política a sus ideas y propuestas; esto hubiera significado tener que reanudar el debate político en el P. N. F., favoreciendo con ello la democratización del partido en lugar de mantener su sometimiento al Estado³⁹. La misma *Critica fascista*, a pesar de alegrarse por la intervención de Mussolini, tuvo que volver sobre el tema de la juventud biológica considerada como garantía insuficiente y, por tanto, hubo de tratar de nuevo la cuestión de los jóvenes verdaderos y los jóvenes falsos, advirtiendo la necesidad de especificar que

Mussolini, al afirmar que el Régimen “es y pretende seguir siendo un régimen de jóvenes”, ha querido asegurar que la continuidad de la Revolución fascista está en manos de los jóvenes, con la condición de que no se apague en ellos esa voluntad de creación y de precisión política que distingue a los jóvenes verdaderos de los falsos, por tanto de aquellos para los cuales la edad les da el derecho a ser tranquilamente irresponsables⁴⁰.

La revista de Bottai debía, pues, polemizar en dos frentes a la vez: las oposiciones internas al aparato político y las demandas sociales. Estas últimas la empujaban a refrenar los deseos de los ‘Jóvenes viejos’, es decir, los de los cargos políticos, como sucedía por

³⁸ Se publicaron autógrafos en *Critica fascista*, 1 de febrero de 1930. Sobre la relación entre los jóvenes y Mussolini incluso en el imaginario, Cf. Passerini, *op. cit.*, pp. 184-208.

³⁹ Nello, Mussolini e... *op. cit.*, p. 341.

⁴⁰ *Avviamento alla responsabilità*, en *Critica fascista*, 1 de febrero de 1930.

ejemplo en una *Nota redazionale* dirigida a un “Joven camarada de Milán”, que había propuesto que se les concediera a un gran número de viejos “el merecido reposo” y se contuviera la “creciente invasión de las mujeres”⁴¹; en la respuesta se acusaba al camarada de confundir el problema del mando con el de la organización. Plantear el problema del mando de modo adecuado significaba para Bottai y sus adeptos reunir a los jóvenes de diferentes estratos sociales y, sobre todo, a las instituciones que les correspondían. Se trataba de hacer participar en el mundo del trabajo a los universitarios, lo que en términos fascistas significaba, por ejemplo, que los G. U. F comenzaban a establecer pactos con las confederaciones de los sindicatos. Esto era siempre una concepción orgánica de las relaciones de poder, pero con algunos puntos interesantes para la cuestión de los jóvenes, que se intentaría poner en práctica en la segunda mitad de la década de 1930.

La gran preocupación que terminó por unificar a todos se debía a “esa sensación de extrañeza” extendida entre los jóvenes⁴² y que posteriormente sería evocada por aquellos que la habían sentido después de la caída del fascismo, en general antes de la segunda mitad de los años cincuenta y a principios de los sesenta. Solamente la perspectiva histórica situaría a estos últimos en condiciones de comprender la complejidad de los procesos por los cuales habían pasado. A principios de los años treinta, las cuestiones eran confusas y equívocas. La misma formulación del problema en términos de generación era mitificadora – por los demás problemas que llamaba en causa, pero también por los que ocultaba y los que cambiaba de lugar- y esto explicaba la desconfianza de los antifascistas hacia esos términos. En este sentido es significativa la reacción dura y valiente de Luigi Russo a todo el debate, en enero de 1930⁴³:

Nosotros no somos de los que aman la juventud por la juventud . Nosotros queremos a los jóvenes, sólo porque queremos llegar a ser o ser hombres [...] a la palabra joven hemos añadido siempre un significado de carencia y de inmadurez; y si no nos hemos avergonzado de la juventud tampoco hemos presumido de ella.

A continuación hay expresiones de desprecio hacia los que juegan a ser “jóvenes de por vida” –no tenemos dificultad alguna para vislumbrar detrás de la definición el concepto de juventud mussoliniano y fascista ejemplificados por Marinetti, que “para todos los jóvenes de cincuenta años canta el himno a la juventud eterna”. La referencia a Marinetti es

⁴¹ Del 15 de febrero de 1930; La nota seguía el artículo de Domenico Monatalto, “L'avvenire, contributo al problema del giovani”.

⁴² C. di Marzio, “Giovani e più giovani: comando e moralità”, en *Critica fascista*, 15 de enero de 1930.

⁴³ L. Russo, “lo dico seguitando...”, en *La Nuova Italia*, 20 de enero de 1930, después publicado en *Elogio della polemica. Testimonianze di vita e di cultura (1918-1932)*, Laterza, Bari, 1933. pp.194 y ss.

especialmente significativa, ya que la tesis de Russo, que hemos encontrado en su reelaboración posterior de los hechos, insistía ya entonces en la degeneración del mito literario, sobre todo dannunziano, en el mito político de la juventud que justificaba la violencia y los abusos. Entre los que usaban el mito degenerado, Russo incluía a “los energúmenos de la popularidad, que buscaban el falso aplauso, los taumaturgos de la juventud perpetua, los inventores de nuevos estilos y nuevas tendencias, los seductores de menores”, mientras que despreciaba al “joven de veinticinco años de hoy día”, que se conformaba –en contraste con los ideales del joven de D’Annunzio- con asediar la redacción de un periódico o una editorial, y conseguir una superintendencia, una alcaldía e incluso la dirección de algún hotel o un colegio de niñas, “cualquier cosa que se pueda dirigir”. De este modo se empezaba desde el principio y “la modesta conquista de un lugar en el mundo” parecía ser el inevitable resultado del sistema de poder fascista.

En octubre de 1930, las discusiones se encendieron de nuevo a causa de la institución del fascismo juvenil, que debía representar una fase de preparación para la inscripción en el partido. Bottai se opuso, temiendo que el fascismo juvenil se convirtiera en una mera estructura de reclutamiento, en lugar de conseguir llevar al partido “el agudo espíritu subversivo” de los jóvenes; desconfiaba de un partido de masas y de su burocratización subsiguiente, y permanecía fiel a una concepción del partido como grupo elegido de militantes conscientes⁴⁴.

El año 1930 señala una vuelta al debate sobre los jóvenes. Mientras en los años precedentes éste giraba en torno al deseo de normalizar la relación entre las generaciones que militaban en el fascismo y sus sucesoras, después de las repercusiones de la crisis económica los términos del problema se entrecruzaron cada vez más con los del debate sobre el corporativismo y la crisis económica⁴⁵. Es asimismo el periodo en el que el fascismo comienza a profundizar y a expresar abiertamente el reconocimiento de la crisis sobre el plano espiritual y la renovación de las esperanzas que tenían los jóvenes en la regeneración del primer periodo de militancia. En aquel año se publicó la novela de Mario Carli *L’Italiano di Mussolini*⁴⁶, cuyo protagonista había vivido la experiencia de la reunión de los fascistas en la plaza de San Sepolcro; su muerte en accidente aéreo, junto a su fracasado intento de convertirse en el hombre nuevo, dejan como única esperanza futura de continuar su lucha a

⁴⁴ A. de Grand, *Bottai e la cultura fascista*, Laterza, Roma-Bari, 1978; Cf. también “Giuseppe Bottai e il fallimento del fascismo revisionista”, en *Storia contemporanea*, VI (diciembre de 1975), 4, sobre Bottai en la oposición durante los años 1922-1926.

⁴⁵ L. Mangoni, *L’interventismo della cultura. Intelletuali e riviste del fascismo*, Laterza, Roma-Bari, 1974, pp. 197-206; R. de Felice, *Mussolini il Duce*, vol. I, “Gli anni del consenso 1929-1936”, Einaudi, Turin, 1974, pp. 232-244.

⁴⁶ M. Carli, *L’Italiano di Mussolini. Romanzo dell’era fascista*, Mondadori, Milán, 1930.

su hijo recién nacido, el “italiano del mañana”. La desconfianza y la desilusión de los intransigentes expresadas en la novela podían unirse a la debilidad de la ideología del “hombre nuevo”, que aparece repetidamente en el fascismo, siempre en relación con la idea de joven.

Un claro pesimismo se desprende también del intercambio de opiniones entre Ojetti y Bottai a principios de 1931, sobre los resultados de la formación de una clase dirigente fascista. Bottai la había estimado en ciento dos personas; Pellizzi, que interviene inmediatamente después, fue aún más drástico: “Yo diría que son incluso menos de ciento dos personas”⁴⁷. El mismo Pellizzi fue, algunos meses después, el centro de una nueva batalla sobre la cuestión de los jóvenes, con cuatro cartas publicadas por *Il Selvaggio* y comentadas por Mino Maccari⁴⁸. Las cartas pasaron a formar parte de las discrepancias existentes entre esta revista y la de Bottai. *Il Selvaggio* sospechaba que su propuesta de tender hacia el tradicionalismo fuese identificada con la del “pequeño burgués egoísta, granuja y presuntuoso”, pues era el centro de las polémicas de *Critica fascista* y lo habían acusado de adulación y conservadurismo. Pellizzi también hostigaba a esta última y en particular a Gherardo Casini que en esa revista había definido como “verdad pacífica” sus descubrimientos sobre el corporativismo. En el número siguiente, Pellizzi criticaba a Bottai – sin embargo, los dos habían estado ideológicamente muy cerca en los años veinte- y terminaba por atacar a los jóvenes, sosteniendo que eran simpatizantes del comunismo y juzgando que en aquellos momentos “nada ha contribuido a desarrollar en los jóvenes el sentimiento de la autonomía espiritual y de la libertad”. Esto era como decir que las esperanzas que Bottai había puesto en los jóvenes eran injustificadas y que si estos últimos se hubieran movido, lo hubieran hecho no hacia el camino de la renovación del fascismo, sino por un camino diferente a éste.

Il Selvaggio mantuvo una posición claramente negativa hacia los jóvenes hasta el año anterior; después de 1930 la actitud había cambiado en parte, gracias a las aspiraciones del llamado “tercer relevo” de jóvenes deseosos de volver de nuevo a los tiempos de la “revolución”⁴⁹. En esta nueva perspectiva se pueden incluir las intervenciones de Pellizzi y los comentarios del director, Mino Maccari. Pero, a pesar de las buenas intenciones, parece difícil vislumbrar en sus escritos un camino por el cual “los naturales

⁴⁷ “Gerarchia o burocrazia?”, en *Critica fascista*, 15 de enero de 1931.

⁴⁸ Cartas y comentarios publicados en *Il Selvaggio*, 30 de octubre de 1931, 30 de diciembre de 1931, 31 de marzo de 1932 y 1 de mayo de 1932.

⁴⁹ Mangoni, *op. cit.*, p. 202.

instintos subversivos de los jóvenes” conseguirían encontrar “el modo de llevar a cabo una noble transformación y la utilización de esos instintos con fines fascistas”.

También la orientación del debate en las cartas de Pellizzi entraba en el segundo universo de significados del debate sobre los jóvenes y atacaba a la clase dirigente, que según el estudioso “no sólo existe en el régimen, sino que además no parece que vaya a formarse”: la única realidad, lamentaba Pellizzi, consistía en el hecho de que había “comenzado a constituirse una nueva clase cerrada de funcionarios políticos y corporativos”, ya que el régimen podía “resumirse en tres palabras: Mussolini, la militancia fascista y la burocracia”. En semejante clima político no debían sorprender los resultados de los jóvenes, que han sido educados para no dudar y no discutir, y esto no está del todo mal; pero cuando después empiezan a querer pensar por sí mismos se ve claramente que no tienen el carácter ni se han entrenado lo suficiente para ello, cayendo, pues, en las más banales y ridículas heterodoxias; de las cuales pasan en un segundo momento a una actitud entre abúlica e hipócrita, aunque exteriormente dan una imagen de disciplina.

Estas actitudes de abulia e hipocresía nacían espontáneamente como consecuencia de las propuestas irrealizables y mitificadoras, como las que hacía el propio Pellizzi hablando del “fascismo como libertad” (en una de las cartas escrita desde Londres, en abril de 1932, como siempre publicada en *Il Selvaggio*). Esta posición imponía una serie de paradojas y extremismos verbales que excluían cualquier correlación con la realidad. Entre las paradojas encontramos, por ejemplo, que Benedetto Croce por sus “resentimientos personales” convertía en *iliberal* a la libertad; y entre los extremismos de orden verbal aparece el principio de la “sustitución integral de los jefes”, “que en su mayoría se han quedado psicológicamente catorce años atrás”.

El tono de Bottai era muy diferente. Pues él negaba que la cuestión tuviera que plantearse en términos tan dramáticos y en este sentido respondió a la encuesta realizada en 1932 por la revista *Il Selvaggio* y que estaba dedicada a la nueva generación. En la cual se incluían preguntas de este tipo: Si entre los jóvenes era posible encontrar “una actitud espiritual concreta que diera un nuevo ánimo a la cultura y la vida”; la conclusión a la que se llegaba era que existían tres generaciones que discrepaban: la anterior a la guerra, la de la guerra y la nueva, la de la posguerra⁵⁰. Pero Bottai descartaba el hecho de que aquel desacuerdo reinante implicase un intento de anular todo lo que el fascismo había hecho. La solución que él proponía era en términos del corporativismo:

⁵⁰ *Il Saggiatore*, III (enero de 1933), p. 439.

Las nuevas generaciones podrán realizar una gran tarea al pasar de la actual fase de yuxtaposición de la organización política y de la organización sindical-corporativa a una fase de integración y de compenetración en la cual las instituciones de una y otra operen conjuntamente⁵¹.

Esta posición optimista era una de las contradicciones que caracterizaron a Bottai, pero también una de las razones por la que muchos jóvenes lo consideraron como un mentor y fueron atraídos por la “revolución corporativa”⁵².

A pesar de las diferentes valoraciones sobre la figura de Bottai, en realidad, todos los que interpretaron su personalidad se muestran de acuerdo en el hecho de que ni siquiera la adopción de una política totalmente revisionista conseguiría garantizar la supervivencia del régimen. Por un lado, los jóvenes más serios y más comprometidos políticamente criticaban casi todos los aspectos de la realidad política, económica y social⁵³; por el otro, el mismo régimen se demostraría incapaz de una liberalización concreta del partido y de la administración estatal.

En 1933, Giulio Santangelo definía como “polvorienta” la polémica de los jóvenes, e invocaba al propósito “las claras afirmaciones del *Duce*” contra “las vagas dudas del diputado Bottai”. Los dos estaban de acuerdo en rechazar, por absurdas y ridículas, las posiciones de los que querían sustituir la lucha de clases por la lucha de generaciones, pero se oponían en todo lo demás. Bottai había irritado a su interlocutor al ironizar sobre los “remolcados de primera hora” e incluso había planteado una de sus provocadoras fórmulas, afirmando que “el problema de los jóvenes es el problema central del Fascismo”. La juventud como “condición especial del espíritu y de la conciencia” seguía siendo para él una metáfora de las principales tareas de “formación moral, espiritual y política” del poder político en Italia, mientras que no eran dignos de llamarse jóvenes esos “muchachos tristes y decaídos que había en las antesalas”⁵⁴.

Uno de los colaboradores más cercanos a Bottai, Agostino Nasti, insistía en la polémica, al afirmar que parecían preparados sólo tres o cuatro de un centenar de

⁵¹ “Il binomio Fascio-sindacato”, en *Critica fascista*, 15 de mayo de 1933.

⁵² Guerri, *op. cit.*, pp. 136-137.

⁵³ Nello, *Mussolini e ... op. cit.*, p. 366.

⁵⁴ G. Bottai, “Funzione della Gioventù”, en *Critica fascista*, 1 de marzo de 1933; G. Santangelo, “Storia di una polverosa polemica”, en *Bibliografia fascista* (1933),4.

universitarios que habían participado en las discusiones sobre “Los jóvenes y el régimen” en el Instituto Fascista de Cultura de Roma. Según Nasti, se veían en ellos los efectos de los «discursos superficiales y rimbombantes», que hablaban de “las águilas romanas, los caminos imperiales, la misión universal y la salvación de una civilización en peligro”, y que enseñaban a los jóvenes sólo una retórica trivial y periodística”⁵⁵.

Éstos eran los análisis habituales de *Critica fascista*, desde cuyas páginas se habían lamentado abiertamente de que “las ideas no existen. Las buscamos en vano en el gran pantano de la retórica”. El problema aumentaba en dramatismo cuando se refería al futuro representado por las nuevas generaciones: “¿queremos que también los más jóvenes se alimenten de los pasteles que nos preparan los llamados pensadores del Fascismo?”, se preguntaba otro colaborador de Bottai, Giuseppe Lombrassa⁵⁶, a quien no le quedaba más remedio que admitir:

Con vergüenza debemos confesar que no tenemos la preparación, ni la cultura política, de muchos jóvenes liberales o socialistas de hace veinte años, los cuales conocían profundamente –desde el punto de vista de sus doctrinas, naturalmente- los problemas, políticos, sociales, económicos italianos y extranjeros.

A las imágenes de la juventud entendida como “frescura y fuerza, apasionado entusiasmo y exuberancia”, además de “capacidad de invención, originalidad y creatividad”, se contraponía cada vez más la realidad descrita en 1933 por Romano Bilenchi, con tonos autobiográficos:

Yo hablo de nosotros, que tenemos entre veinte y veinticuatro años y que nos llaman de diferentes modos, a cual más burlón, *jóvenes, jovencísimos, promesas, florecientes*, etc.⁵⁷.

Según Bilenchi, los jóvenes no escuchaban todo lo que se decía sobre ellos, “les importan un bledo las discusiones y, aún peor, los que discuten”. A los jóvenes no les importaba nada, insistía el autor: “se han inventado un *me importa un comino* nuevo y bastante cómodo”, tanto que la frase *organízate para que todo te importe un comino* se ha puesto de moda. Respecto a este análisis, la frase del autor al final del texto, aun escrita con buena fe, resultaba incongruente y artificial:

⁵⁵ 1-8-1933.

⁵⁶ “Prima studiare e poi discutere”, 15 de febrero de 1931.

⁵⁷ Las dos primeras citas están tomadas del editorial de *Critica fascista*, “Compiti di ieri e di oggi”, 15 de diciembre de 1931, y del artículo de R. de Mattei, “Discorso sul metodo”, del 15 de febrero de 1931; la tercera, de R. Bilenchi, “Indifferenza del giovani”, en *Critica fascista*, 15 de abril de 1933.

La nuestra debe ser una vida de fe y de emociones.

En los años sucesivos, por una de las típicas paradojas fascistas, la creación de los *Littoriali* proporcionaría momentos privilegiados a los jóvenes, especialmente a los universitarios, y a la vez crearía una situación de la que surgieron numerosos antifascistas⁵⁸. Lo que muchos habían calificado en el periodo de 1928 a 1933 como una apariencia de pereza y de carrera hacia los cargos políticos sería sustituido en los años siguientes por unos síntomas más precisos de inquietud y renovación. Tal vez entre ambas manifestaciones existían signos de una actitud que iba desde la apatía a la protesta, incluyendo la misma impaciencia hacia antecedentes de todo tipo: “La imposibilidad de tener maestros es una de las condiciones esenciales de nuestra juventud y quizá la prueba de su índole revolucionaria”, escribió Giaime Pintor, que había nacido en 1919 y que sentía que aprendía de sus coetáneos más que de sus mayores en aquella “evolución progresiva”, que debía conducirles a nuevas formas de oposición y de fascismo⁵⁹.

*Imágenes de la modernidad: los jóvenes en el cine*⁶⁰

Paralelamente al debate sobre los jóvenes en el ámbito cultural y político, la producción de películas italianas confirma una atención creciente hacia el mismo tema, aunque por razones intrínsecas a la historia del cine, la mayoría de los títulos se concentran sobre todo en los años de 1932 a 1934⁶¹. En el cine las figuras de los jóvenes están llamadas a representar dramáticamente las novedades y las dificultades de los tiempos, la crisis propia -de la modernidad, la incertidumbre de los valores, la fuerza del cambio y las desorientaciones que éste provoca. La relación entre joven y modernidad está representada de varios modos, pero es sobre todo la ambivalencia del concepto de moderno la que se manifiesta en la bifurcación de las elecciones que se le ofrecen a los jóvenes, en una especie de tierra de nadie, aún sin hipotecar. “Moderno” quiere decir desarraigado y

⁵⁸ U. Alfassio Grimaldi -M. Addis Saba, *Cultura a passo romano. Storie e strategie dei Littoriali della cultura e dell'arte*, Feltrinelli, Milán, 1983; G. Lazzari, *I littoriali della cultura e dell'arte. Intellettuali e potere durante il fascismo*, Liguori, Nápoles, 1979; Roi Rossi, “Come si formò nei littoriali una opposizione giovanile al regime”, en *Incontri*, II (1954), 1-2. Se puede recordar que en los *littoriali*, que se crearon en 1934, las mujeres no se admitieron hasta 1939, en Trieste; el primer volumen citado en esta nota incluye los temas y las clasificaciones (pp. 230 y ss.), pero recuerda que fueron casi una parodia de los masculinos, pues realizaron sólo los escritos y no los orales, ya que consideraban las discusiones impropias de las mujeres.

⁵⁹ G. Pintor, *Doppio diario 1936-1943*, Einaudi, Turín, 1978, p. 121.

⁶⁰ Le agradezco a Paola Olivetti, del Archivio Nazionale Cinematografico de Turín, su amabilidad por haberme facilitado la consulta de las fuentes cinematográficas, así como sus consejos; y a Angelo Galli, del Departamento de Discipline Artistiche de la Universidad de Turín, por su colaboración en la proyección del material.

⁶¹ El cine italiano supera la crisis de los años veinte a principios de la década siguiente, en parte gracias a las intervenciones directas del gobierno fáscista. Cf. G. P. Brunetta, *Cent'anni di cinema italiano*, Laterza, Roma-Bari, 1991, pp. 166 y ss.

desorientado, o bien resueltamente, “de un modo fascista”, decidido a cambiarse a sí mismo y al mundo. El tema de los jóvenes se manifiesta, en primer lugar, mediante el motivo recurrente de las decisiones que la vida plantea, y que con frecuencia contraponen, según estereotipos desenterrados por el fascismo, el desgaste y la disipación en el compromiso laboral. Las elecciones sobre las que deben decidir se presentan de modo diferente para los personajes masculinos y para los femeninos. Sin embargo, incluso en el caso de los primeros, siempre tienen cerca la figura de una mujer, que resultará determinante en las decisiones existenciales de sus compañeros.

Una de las películas italianas realizadas durante la transición del cine mudo al sonoro, *Rotaie*, dirigida por Mario Camerini en 1929, narra la historia de una pareja de jóvenes enamorados que no tiene trabajo, en un escenario expresionista, típicamente moderno, en el que aparece la ciudad de noche. Los encuadres son geométricos, entremezclándose en ellos las chimeneas de las fábricas, los raíles de los trenes, así como los anuncios luminosos, que, según los críticos, evocan las lecciones del cubismo y del futurismo y asimismo representan el decorado más adecuado para dos jóvenes rebeldes insatisfechos con el orden existente. La joven pareja que intenta huir de las opresiones sociales, a través de una aventura que se hará posible gracias a que encuentran un billeteo, representa perfectamente la idea de la juventud como una etapa cargada de peligrosas utopías. Pero las esperanzas de cambio se revelan como ilusorias y los raíles, y el engranaje de un reloj, vuelven de nuevo a la pantalla recordando el destino, la promesa del futuro, la dureza de las máquinas y la ceguera de sus mecanismos, además del nexo entre juventud y tecnología. Una familia popular que encuentran en el tren significan la propuesta de un modelo a imitar: la madre amamanta a su hijo, un niño ofreciendo una manzana a la muchacha, el padre vestido con ropas de trabajo que acepta un cigarrillo del muchacho. En ésta como en otras películas, en la decisión que deben tomar los jóvenes, los personajes del pueblo son sanos, sucios, fuertes y optimistas, en contraste con los huelguistas débiles y de una elegancia cursi; las imágenes que muestran el esfuerzo de encontrar una relación con la realidad social son en ocasiones muy bellas y recuerdan a los modelos de Sironi, Carrà y Rosai⁶². *Rotaie* termina con la imagen del joven en la puerta de la fábrica entre una multitud de obreros, y la muchacha saliendo a su encuentro, y juntos se encaminan hacia una vida de trabajo.

“Moderno” puede significar también indiferente a todos los valores nuevos y antiguos, según el modelo ilustrado por Moravia en su novela de 1929 *Los indiferentes*, atacada por

⁶² *Ibidem*, p. 161.

los defensores del mito fascista de la juventud⁶³. Pues la novela expresaba la idea de que los jóvenes no encontraban en el fascismo motivo alguno para superar la indiferencia. Sin embargo, se trataba, según un crítico fascista, de jóvenes acomodados, de un ambiente urbano, único lugar donde podían darse casos de este género. El cine toma de nuevo este tema en numerosas ocasiones. *Come le foglie*, de 1934 (también ésta de Camerini y basada en la comedia homónima de Giuseppe Giacosa), contrapone a una familia de la alta burguesía y a sus amigos con un primo de ellos, un trabajador honesto y generoso. Éste no presenta el aspecto físico del joven: es grueso, tiene una apariencia de adulto y sabe inglés, aunque sólo lo utiliza en el trabajo y no para hacer vida social, como hacen afectadamente los jóvenes esnobs, coetáneos del protagonista. Ésta sí es físicamente joven y es capaz de apartarse de una vida falsa por su disponibilidad al trabajo y el amor que siente hacia su primo.

El hecho de hacer hincapié en la importancia del trabajo, que reúne a ricos y pobres, manifiesta una continuidad de los valores capitalistas que el fascismo confirma y acentúa. Por el contrario, es interesante conocer la hipotética polémica por la utilización política del concepto de joven, ya que el compromiso civil que exaltaban estas películas está muy alejado del compromiso político; para los jóvenes representados en estas cintas son adecuadas las palabras con las que Ugo Ojetti justificaba sus consejos a un amigo de veinte años de edad:

El ignorado médico de pueblo que salva la vida de un niño o el más humilde ciudadano que a fuerza de trabajo y prudencia multiplica el fruto de su campo hacen que la política sea más sana y directa, favorecen a la Nación con más provecho que si hicieran un discurso o si fueran a aplaudir en unas elecciones⁶⁴.

El trabajo era, pues, el centro de las discusiones que se entablaban en torno a la idea de joven, dentro y fuera del aparato fascista, y la insistencia sobre ello –que generalmente apoyaba el orden constituido– podía tener a veces un significado antiinconformista, en la medida en que se anteponían los valores del trabajo a los de la carrera política.

⁶³ G. Lombrassa, “L’indifferenza, male di moda”, en *Critica fascista*, 1 de enero de 1930: “Es grave el escepticismo, pero el estado de total abyección es la indiferencia, actitud espiritual moderna (...) son las modas extranjeras, las poses espirituales del siglo XX, las taras de una civilización en ruinas: todo ese mundo enfermo y deteriorado de importación, que crea un tipo de hombre cansado y consumido, el cual en la novela que ha causado un gran revuelo en los últimos tiempos se llama Michele Michele sólo puede haber nacido y vivido en una gran ciudad”.

⁶⁴ *Critica fascista*, 15 de enero de 1931.

El cine al que no referimos ha sido considerado escasamente fascista y es, sin lugar a dudas, diferente de la producción, no demasiado amplia, que abiertamente adulaba al régimen. Pertenecientes al segundo caso conviene recordar obras como *Camicia nera* de Giovacchino Forzano, y *Acciaio* de Walter Ruttmann, ambos de 1933, y *Vecchia guardia* de Alessandro Blasetti, de 1934. El tema central de las tres películas son las relaciones entre generaciones, que llega a ser un problema crucial en los momentos en los que es importante y difícil intentar una comunicación que interrumpa la comunicación tradicional. En la base profundamente ideológica de estas películas, la descripción del joven se realiza a través de un lenguaje expresivo repleto de alusiones simbólicas, a pesar del realismo formal. Para comprender estas alusiones es necesario conocer el bagaje cultural del primer fascismo y los significados que se le atribuyeron en aquel contexto. En *Camicia nera*,⁶⁵ los terrenos pantanosos constituyen el paisaje donde se desarrolla la acción, pero aluden también al saneamiento físico-geográfico y político-moral, anunciado por Mussolini en 1926; el protagonista es un artesano, oficio significativo en un país cuyo jefe político es conocido como “el hijo del artesano”; *Acciaio* narra el drama de un joven soldado de infantería (el mismo cuerpo en el que había luchado Mussolini durante la guerra) que después del servicio militar no consigue adaptarse de nuevo a la vida cotidiana.

En estas películas abiertamente ideológicas, la relación entre generaciones se configura siempre como una relación entre hombres, mientras las mujeres son marginales y no tienen apenas rasgos característicos. En *Camicia nera* toda la acción se desarrolla entre el artesano, su padre y su hijo pequeño, al que su padre está bañando un domingo por la mañana (la mujer del artesano aparece en contadas escenas; sin embargo, la hermana del protagonista tiene un papel significativo pues intenta el vano sueño de la emigración sin fortuna); en *Vecchia guardia*, Blasetti ambienta en octubre de 1922, en medio de una huelga general, una historia de tres hombres, símbolos de tres edades diferentes en la misma familia: un viejo doctor; su hijo mayor que ha regresado de la guerra, es maestro y jefe de un grupo de acción fascista; y el hijo más pequeño, un adolescente inteligente y vivaz, que será víctima de los rojos. Las mujeres desempeñan roles estereotipados: la madre a la que deben ocultar los hechos para evitarle angustias, la joven y valiente maestra que se compromete con el hijo mayor, la niña a quien el hermano menor le confía la tarea de coserle la banda negra en improvisado uniforme. Es la generación central de hombres que

⁶⁵ La película, que había ganado el concurso del Istituto Luce que celebraba el décimo aniversario de la Revolución fascista, quería ser una “síntesis cinematográfica de la historia de Italia desde 1914 a 1932”, fue proyectada simultáneamente el 23 de marzo de 1933 en todas las ciudades italianas y en París, Londres y Berlín. Sobre el problema de en qué cantidad y de qué modo ha sido fascista el cine italiano, vid. el interesante debate que tuvo lugar a finales de los años setenta, especialmente, R. Redi (ed.), *Cinema italiano sotto il fascismo*, Marsilio, Venecia, 1979.

salvan Italia de una ruina segura causada por la corrupción y la pasividad de los poderes públicos y por la prepotencia de los socialistas; las otras dos generaciones envidian este cometido e intentan en vano imitarla⁶⁶. El personaje de Mario –que pertenece a la generación que a principios de los años treinta será el centro del debate sobre los jóvenes- alude a sus dificultades de adaptación, y será él quien caiga heroicamente, mientras que el viejo padre predica el culto de los mártires muertos por la patria: “A Roma, a Roma... Mario está aquí y viene con nosotros a Roma, a Roma”.

La referencia a la juventud toma un significado propio como núcleo de la relación entre padre e hijo: ninguna de las tres generaciones representa literalmente al joven, pero el llamamiento a la juventud los implica a los tres. La juventud concebida como una capacidad de ver más allá del presente, de estar dispuestos al sacrificio, a la guerra, a la defensa de la propia tierra; juventud como generosidad contrapuesta a las preocupaciones mezquinas y mediocres de quien quiere emigrar. La contraposición puede establecerse entre personajes de la misma edad, pero con diferentes valores fascistas: en *Acciaio*⁶⁷ la lucha entre dos compañeros de fábrica por la misma mujer concluye con la victoria del que ha hecho la guerra, impetuoso y aventurero, en menoscabo del más pasivo y modesto, que ha permanecido en casa, anteponiendo los valores del sentimiento a la lealtad entre compañeros de trabajo. En esta película las imágenes de las fábricas de acero quieren destacar la relación entre las máquinas y la virilidad, no para destacar fuerza bruta sino para realzar la inteligencia; la juventud se inserta con todo su derecho como patrona de la tecnología. Las cascadas y el agua que fluye –imágenes que aparecen repetidamente en la pantalla- confirman su afinidad con la juventud, como símbolos de potencia, y de energía para utilizar en el trabajo.

Una vez terminada la presión ideológica, los contenidos simbólicos de las imágenes son muy débiles y el lenguaje cinematográfico muestra sus incoherencias: los fermentos

⁶⁶ La película no fue bien acogida por las jerarquías del régimen; para las cuales la simbolización de los grupos organizados de acción fascista era demasiado peligrosa, a pesar de que estaba dulcificada y representada como una burla goliardesca (por ejemplo, en una escena en la que un solo robusto fascista hace tomar aceite de ricino y café a un grupo de socialistas; o bien otra en la que el barbero fascista afeíta sólo media barba al ansioso parlamentario socialista). Evidentemente, lo que a nosotros nos parece como una “tétrica y oscura exaltación”, lograda con las secuencias nocturnas, no bastaba para aplacar la memoria y las inquietudes revividas tan fuertemente. Si bien a los antifascistas se les describía de un modo indigno y se engrandecieron exageradamente las consecuencias de las huelgas, la película estuvo retenida por la censura y sólo la intervención del crítico Corrado Pavolini cambió la situación, pues la encomendó al *Duce* personalmente. Mussolini se conmovió y ordenó que la película se proyectara en las salas italianas y en el extranjero; así se proyectó en Berlín, en presencia de Hitler. Cf. A. Baldi, en F. di Giammatteo, *Dizionario universale del cinema*, Editori Riuniti, Roma, 1984; Cf. la ficha de P. Olivetti-F.Prono, Archivio Nazionale Cinematografico della Resistenza, 1987.

⁶⁷ *Acciaio* representó un gran esfuerzo para una obra de arte fascista –guión de Pirandello, música de Malipiero, ayudantes de realización Emilio Cecchi y Mario Soldati, y entre los intérpretes, Isa Pola- pues supuso un intento de cualificar y desprovincializar el cine italiano. Cf. E. C. (E. Capizzi) en Di Giammatteo, *op. cit.*, vol. I, p. 6.

realistas, así como los intentos de valorar la lengua hablada y la cotidianidad, soportan deficientemente la abundancia de documentales especiales. Las contradicciones internas de la ideología contribuyen a las dificultades de representar al joven como figura resueltamente innovadora; el tema de las decisiones sobre la vida termina por mostrar la coacción: no existen verdaderas elecciones, sino solamente aquéllas prefiguradas por el régimen, mientras que la pretensión de una juventud difundida en todas las generaciones gracias a la fe fascista (“el más joven de todos” era siempre Mussolini) no se presta a reconocimientos convincentes.

La sensibilidad que demuestra el cine hacia el tema de las generaciones ilustra la compleja relación de adhesión o divergencia en cuanto a la ideología fascista existente en la producción cinematográfica. Por un lado, tenemos la diferencia, rayando en esquizofrenia, que divide la producción ideológica del cine ligero y “de evasión”; por otro, no se pueden ignorar las múltiples connivencias de ideologías compartidas, funcionales al orden social y político existente, como las que hasta ahora hemos señalado a propósito de las conexiones entre jóvenes y modernidad, entre jóvenes y crisis existencial. De todos modos es diferente la forma de tratar estos temas cuando el intento apologético es abierto o en las películas que, por el contrario, se someten y simultáneamente resaltan aspectos de la ideología dominante, aunque no de un modo sistemático.

Entre las películas no fascistas, aunque portadoras, a veces de modo contradictorio, de ideologías fascistoides, son significativas *¡Qué sinvergüenzas son los hombres!* de Camerini, de 1932, y *Treno popolare* de Raffaello Matarazzo, de 1933. En ambas la juventud se describe como un periodo de tránsito hacia la vida “seria”; los jóvenes, pues, aunque trabajan y están ocupados de diversos modos, pueden permitirse actitudes de apertura y de burla; sin embargo, parecen también capaces de innovar viejas formas de mentalidad, de comportamiento y de relaciones humanas. En *Treno popolare*, el comportamiento innovador está representado por dos jóvenes mujeres: Lina, la protagonista, que cambia de acompañante durante la excursión y vuelve al tren abrazada a un hombre que acaba de conocer, y el personaje de María, que una vez que consigue librarse del acoso de un viejo admirador acepta la compañía del hombre abandonado por Lina; en ambos casos es la voluntad de la muchacha la que decide cuál es la elección conveniente, en lugar de someterse al orden preestablecido.

Treno popolare fue acogida como “una película de jóvenes”, con las “cualidades de los veinte años: frescura, simplicidad, interés espontáneo por las cosas y sinceridad en la

narración”⁶⁸. Pero es sobre todo la forma expresiva tan sencilla del relato, con matices de ingenuidad no exentos de ironía sobre un día de ocio de las clases “populares”, lo que permite las innovaciones y que transmite la sensación de un clima nuevo en el que lo cotidiano o lo secundario no es necesariamente necio. El resultado es un cuadro coherente en el plano expresivo que desdramatiza el tema de las diferencias entre jóvenes que sólo son jóvenes, como escribió *Critica fascista, y los* que además son pedantes, convencionales y sienten temor ante la novedad (ambos tipos están descritos en la película, y el segundo es uno de los personajes masculinos). Igualmente interesante es el modo en que aparecen las contradicciones entre el plano expresivo y el plano ideológico en *¡Qué sinvergüenzas son los hombres!* En ella –y aparece de nuevo la conexión entre los jóvenes y las máquinas- se narra la historia de un joven mecánico, interpretado brillantemente por Vittorio de Sica, que parece tener más ganas de divertirse con las muchachas que de trabajar, contradiciendo así la imagen de moderna y “laboriosa vitalidad” que tanto había impactado a los críticos⁶⁹. Era la primera vez que Milán aparecía sobre la pantalla, la Milán de la feria de muestra, en plena efervescencia debido a los nuevos oficios y al desarrollo tecnológico. Entre las frases utilizadas para el lanzamiento publicitario de la película, encontramos las referencias a “una película moderna”, “una historia perfumada de juventud”, ambientada en el “significativo y complejo mundo del trabajo”⁷⁰. Y modernas son, sobre todo, ciertas innovaciones del lenguaje, que renuevan el género de la comedia, “mostrando sus posibilidades de descripción crítica de la sociedad”⁷¹. Los hechos habituales de la vida cotidiana cobran relevancia: por ejemplo, el modo en que aparece la muchacha saliendo de su casa, se dirige a comprar el periódico y luego toma el tranvía. La incoherencia entre la imagen del joven que pasa por todo tipo de experiencias y la imagen de “laboriosa vitalidad” se resuelve en un final en el que el protagonista se transforma al enamorarse de una joven formal y se convierte en un muchacho obediente. La figura de la joven es, pues, clave, aunque formalmente es sólo un pretexto.

Las imágenes de las jóvenes que presenta el cine en estos años sirven, en ciertos aspectos, de análisis de los estereotipos ideológicos manipulados por el régimen. Algunos de ellos presentan características a la vez antiguas y nuevas, como el de las muchachas

⁶⁸ Cf. F. Savio, “Ma l'amore no”, *“Ma l'amore no “. Realismo, formalismo, propaganda e telefoni bianchi nel cinema italiano di regime (1930-1943)*, Sonzogno, Milán, 1975.

⁶⁹ F. Sacchi en el *Corriere della Sera*, 12 de agosto de 1932, observaba que Camerini huía de la responsabilidad documental, por lo cual las películas de este género se reducían a recopilaciones de cromos de monumentos célebres.

⁷⁰ Savio, *op. cit.*, p. 378. La película constituyó el primer gran éxito comercial de Camerini y fue bien acogida en la primera Mostra de Venecia de 1932.

⁷¹ Cf. G. P. Brunetta, *Cinema italiano Ira le due guerre. Fascismo y Politica cinematografica*, Mursia, Milán, 1975, p. 53.

terribles, es decir, un grupo de adolescentes homogéneo, como las colegialas, temibles en sus despiadadas e insoportables bromas. Una versión femenina del espíritu goliardesco, encarnación del alma subversiva femenina, peligrosa e incontrolable, que aún no está marcado por la diferenciación sexual tradicional, sino que más bien es irreverente en su relación con el poder masculino. Este filón, al que se volverá de nuevo durante el segundo periodo de posguerra, está representado en los años treinta por las empleadas de *La telefonista*, por las colegialas de *Vecchia guardia* que se burlan del consejero socialista porque se tiñe el cabello y por las dependientas de *¡Qué sinvergüenzas son los hombres!* tan solidarias entre ellas ante las adversidades con los hombres.

Las elecciones que se les plantean a las jóvenes son presentadas como aún más dramáticas y difíciles que las masculinas. El tema del trabajo con frecuencia está relacionado con el de la maternidad vivida en soledad. La primera película sonora italiana fue *La canción del amor* de *Gennaro Righelli*, de 1930. Se estrenó en una proyección privada para Mussolini en el Supercinema de Roma, se realizó una versión francesa y otra alemana, y trata del tema del sacrificio en nombre de una maternidad entendida como elección moral. La protagonista decide recoger a un niño, fruto de un amor tardío de su propia madre, que acaba de morir; renuncia a seguir estudiando para poder trabajar y abandona a su novio sin darle explicaciones. El joven la sustituye por una cantante caprichosa y frívola –arquetipo de las “otras”, totalmente opuestas a su amada-. Aunque era una versión muy superficial de una novela de Pirandello, la película tuvo un enorme éxito de público, gracias al antiguo tema de la maternidad como valor supremo, realizado además en una versión que eludía el difícil problema de la madre soltera.

El estereotipo de la joven apasionada e ingenuamente inconformista es una versión femenina de las características de entusiasmo, entrega y radicalismo atribuidos a la juventud. La madre soltera se convierte en una convincente encarnación de esos rasgos, y la política fascista de estimular la maternidad en cualquier condición dio como resultado un planteamiento de la cuestión excesivo y triunfalista. El intento de cambiar el estigma tradicional que marca a las madres solteras manifiesta la contradicción de la ideología fascista, entre el camino hacia la modernización y las tendencias conservadoras de un fascismo clerical, protector de la institución familiar. Los resultados de estas contradicciones son la sobrecarga sentimental y la inverosimilitud de numerosas historias, como *La canción del amor* o *La maestrina* de Guido Brignone, de 1933. Este último era la versión para el cine de una obra teatral de Dario Niccodemi, que fue atacada por los jóvenes participantes de los *Littoriali* de la cultura y del arte, como ejemplo de futilidad y de sentimentalismo fácil, que deformaban la mentalidad del pueblo. Sin embargo, la película fue acogida favorablemente

por *Il popolo d'Italia*, que elogió la “intensa pasión” de Andreina Pagnani, intérprete de la maestra⁷². Ambientada en un pueblecito del centro de Italia, en 1910, la historia tiene como protagonista a una joven que trabaja en la escuela elemental donde ha llegado desde Turín. Enseguida se hace querer por sus alumnas, pero la directora la odia, la suya es una imagen de independencia, casi de autonomía transgresora en una Italia servil, metafóricamente simbolizada por el pequeño pueblo donde se desarrolla la acción, repleto de envidias y de habladurías, siempre preparado para arremeter contra cualquiera que pretenda vivir apartado del rígido control social. De María, la nueva maestra, no toleran su modo de vivir solitario y plácido y su autosuficiencia; todos prefieren tener una hija ¡legítima a vivir en soledad, que desde el punto de vista social supone un verdadero estigma. El elogio de la maternidad, aun fuera del matrimonio, se acompaña de una imagen de la juventud femenina, descrita como fuerte y sentimental, solitaria, capaz de una gran devoción y necesitada de afecto, lo que supone el contrapunto de un ambiente mezquino y retrógrado según los esquemas del melodrama.

El mismo tema fue evocado aún con mayor éxito en *Te amaré siempre*, película ejemplar en numerosos aspectos. Las espléndidas imágenes del principio podrían llevar a pensar que hacían propaganda del O. N. M. I. (Opera Nazionale Maternità e Infanzia): las enfermeras bañan a los recién nacidos y les aplican los polvos de talco, operación que realizan de modo eficiente y afectuoso. Nicola Chiaromonte definió este *incipit* como una escena “casi admirable”⁷³, con las “imágenes de la Maternidad, esos pequeños cuerpos húmedos aún, como animalillos, bañados, pesados, catalogados, y en la escena siguiente, la imagen de aquel rostro taciturno de mujer resentida”. Ese rostro era el de la protagonista, que ha dado a luz a una niña en el hospital, y suscita la piedad de las compañeras de habitación por su soledad. Un conde la ha seducido, abandonándola luego, para reaparecer cinco años más tarde; sin embargo, la joven lo rechazará enérgicamente haciendo una declaración de independencia, que parecía un manifiesto de la joven madre trabajadora: “Yo vivo de mi trabajo, sola, con mi hija y soy feliz”. La edad de los protagonistas, según declaran ellos mismos, gira en torno a los veintidós o veintitrés años, pero tampoco en este caso se da una caracterización: física que los distinga claramente de los adultos, como sucederá en el cine de los años cincuenta. La película gozó de un gran éxito de público y de crítica “por la humanidad sincera y la excelente realización”⁷⁴, que, en efecto, compagina inteligentemente los aspectos ideológicos y la narración cinematográfica. La ambientación urbana permite nuevas soluciones narrativas, a diferencia de lo que sucedía en las películas

⁷² Cf. Rossi, “Corne si formò...”, *cit.*, y *Il popolo d'Italia*, 18 de abril de 1934.

⁷³ *Italia letteraria*, 30 de abril de 1933.

⁷⁴ Cf. Savio, *op. cit.*, p. 346.

centradas en el contraste entre la figura de un joven y el ambiente restringido de una pequeña comunidad, tanto en *La maestrina*, que ya hemos tratado, como en *Acciaio*, que opone la imagen esbelta de la actriz Isa Pola, amada por dos hombres, a los rostros sombríos y malignos de las mujeres ancianas que desaprueban el hecho. La escena final de *Te amaré siempre* expresa esta diferencia con imágenes muy adecuadas: el protagonista es un empleado del mismo comercio donde ella trabaja como dependienta, ambos son despedidos y caminan entre los ruidos del tráfico nocturno, simbolizando una unión más humana y feliz, entre hombre y mujer, que es la vez una idea más “moderna” de la pareja.

El cine refleja la multiplicidad de opciones que se les plantean a las mujeres jóvenes; por lo que concierne al trabajo, puede ser eventual antes del matrimonio (como en *¡Qué sinvergüenzas son los hombres!* y *La telefonista*) o bien puede corresponder a la decisión de vivir con plena autonomía (por ejemplo en *La maestrina*, *Vecchia guardia*, *Te amaré siempre* y *La canción del amor*). Es verdad que en este segundo caso las opciones afectivas, en cuanto a los hijos o el ser amado, sitúan en un segundo plano la opción laboral, pero no la anulan como sucede en el primero. En el fondo, la decisión de las mujeres consiste en interpretar la modernidad de modo superficial o en un sentido profundo, como tendencia a una vida acomodada, con una economía desahogada, rodeada de admiradores y diversiones, en el primer caso; o bien como un modo de vivir independiente, que da una nueva dimensión a la femineidad tradicional, como en el segundo caso. *La telefonista* de Nunzio Malasomma, de 1932, lleva al último extremo esta alternativa, con el recurso de oponer a unas modistas exigentes y petulantes como sus clientas, con la telefonista simple y honesta que termina por conquistar al director. Estos lugares comunes del imaginario colectivo reciben un tratamiento innovador en el contexto contemporáneo, mientras la concepción del trabajo está “atenuada, en cierto sentido, “feminizada”, con el objeto de reducir la tensión y de replantear la amenaza” representada por el trabajo femenino, llevando la novedad social al campo de los valores conocidos y consolidados⁷⁵.

Así pues, el cine interpreta los sentimientos de desazón y de incertidumbre ante los cambios de aquellos años, la inseguridad de los jóvenes y las inquietudes de la sociedad respecto al futuro desconocido que ellos representan. En ellos se proyectan numerosas ilusiones y temores, como si ellos fueran el símbolo de posibles alternativas internas o externas al régimen, que madurarán sólo más tarde, a partir de 1938-1939. Los antifascistas se habían entusiasmado asimismo, en aquellos primeros años de la década de los treinta,

⁷⁵ Cf. P. Ortoleva, *Cinema e storia. Scene del passato*, Loescher, Turín, 1991, pp. 101-102. La película se presta especialmente a observaciones sobre la relación entre lo real y lo imaginario en cuanto al trabajo de las mujeres; de hecho, había sido criticada por los especialistas, pues según ellos el teléfono automático convertía en anacrónica la mediación entre la centralita y el abonado, elemento central de la historia.

con las esperanzas que ofrecía la “nueva generación”. *Giustizia y libertà* informó en 1932 del juicio a los estudiantes turineses que habían apoyado el movimiento, todos ellos tenían entre diecisiete y veinticinco años:

Es la nueva generación que habla a la vieja cansada y deprimida, y muestra el camino de la revolución⁷⁶.

El ámbito cultural contenía estos fermentos de modo más complejo y matizado que el político, pero daba testimonio, con mayor fuerza, de su amplitud y extensión a todas las clases sociales y a ambos sexos.

El carácter metafórico de la idea de joven

El periodo fascista representa, en cuanto a los jóvenes, un Jano bifronte: por un lado, prevalece aún la visión de la juventud como fase preparatoria a la vida adulta, aunque la impaciencia de los jóvenes destruyen esta concepción; por el otro, surge la idea moderna y posmoderna⁷⁷ de una condición juvenil prolongada e inquieta, emblema de la crisis de la sociedad contemporánea. Estas concepciones son válidas especialmente para la imagen del joven perteneciente a una clase social más o menos acomodada y culta, y se extenderá progresivamente a las clases trabajadoras. El fascismo toma de nuevo el mito de la vitalidad del joven sabio por instinto, capaz de obedecer y combatir, y también de mandar y gobernar, y lo adapta para justificar y alentar un aparato de poder asimismo joven y con pretensiones totalizadoras. El joven es metáfora del fascismo a la vez que su instrumento, ya que le sirve para dar la sensación de potencia y fuerza, de fatalidad y determinación histórica.

De este modo, el fascismo utiliza representaciones literarias y convencionales de los jóvenes, como también se apropia de las tradiciones juveniles, y en concreto, goliardescas⁷⁸, para unos objetivos que incluyen desde la constitución de una élite política en el amplio sentido de la palabra, a la simple transmisión de cargos políticos. Con ambas perspectivas la operación toma un carácter “moderno”, en cuanto que introduce procedimientos deliberados y programados en actuaciones que anteriormente pertenecían al campo de la socialización básica y espontánea⁷⁹. Todo ello permite ofrecer alternativas, aunque fueran

⁷⁶ *Quaderni di Giustizia e libertà* (Junio de 1932), 3, pp. 92-93.

⁷⁷ K. Keniston, *Giovani all'opposizione*, Einaudi, Turín, 1972.

⁷⁸ Sobre las tradiciones y usanzas propias de la juventud, cf. J. R. Guillis, *I giovani e la storia*, Mondadori, Milán, 1981.

⁷⁹ Germani, *op. cit.*, p. 255.

autoritarias, a las exigencias planteadas entre las dos guerras: la tendencia a crear alineaciones políticas, la importancia de manifestaciones colectivas y rituales, la militarización, el predominio de la juventud masculina y las exhibiciones públicas⁸⁰.

Respecto a estos objetivos llevados a cabo directamente por el régimen, la sociedad y sus expresiones culturales en Italia entre las dos guerras presentan un cuadro muy variado. Cualquier ejemplo del cine demuestra que las aspiraciones de los jóvenes y sobre todo de las jóvenes sobrepasan los límites impuestos por el régimen. Mientras el cine con más fuerza ideológica en sentido fascista insiste en el problema de las generaciones entendido como una relación entre varones y centrado en la política y en la guerra, la producción menos ligada a preocupaciones ideológicas describe las incertidumbres de los jóvenes frente a las decisiones sobre la vida y el trabajo. En este segundo tipo de cine aparecen claramente los cambios de ideales y de comportamientos durante la existencia de las mujeres jóvenes, mediante las cuales se exponen los temas de la soledad –que casi nunca se plantea en modo negativo-, del trabajo, de la maternidad y, asimismo del consumo, la libertad y las diversiones. El hecho de que el cine plantee sólo parcialmente el tema del aspecto físico del joven, es decir, de modo tal que se pueda confundir con el adulto, puede indicar que algunos procesos están sólo esbozados y, especialmente, que está aún en los inicios la identificación del joven con la apariencia física de un joven⁸¹, que será la nota predominante en el cine del segundo periodo de posguerra.

Común a estas representaciones hay una idea de joven que se va concretando, en cuanto que recoge en sí mismo los problemas y las preocupaciones de la sociedad en general. El joven como concepto simbólico aparece como concentración de las angustias sociales –desde el desempleo a la sensación de la inutilidad de la vida- pero se convierte también en el modelo del futuro; así pues, representa a la vez los sentimientos de amenaza y esperanza. Se acentúa su fragilidad como depositario de valores que la sociedad no ha sabido realizar y que lo sitúan en una posición de límite y de crítica de la existencia, más o menos egoísta. Los jóvenes de carne y hueso interiorizan estas imágenes con un proceso que empieza en el periodo entre las dos guerras y que finaliza en el segundo periodo de posguerra. En los años cincuenta se acentuará la insistencia en el tema de la inadaptación, como resultado de la angustia de la utopía representada por los jóvenes y de la

⁸⁰ M. Mitterauer, *I giovani in Eueopa dal Medioevo a oggi*, Laterza, Roma-Bari 1991, p. 270.

⁸¹ Respecto a este tema se dan contradicciones dentro del mismo fascismo. Cuando a finales de 1931 la secretaria del P. N. F. pasó de Giovanni Giurati a Achille Starace, *Critica fascista* se sintió en el deber de precisar: “Nosotros queremos una juventud que sepa utilizar un fusil y desfilar, que llene de alegría y frescura, de cantos y de juramento nuestras formaciones, pero también unajuventud que sepa estudiar, escuchar en silencio y meditar” (“Compiti di ieri e di oggi”, 15 de diciembre de 1931).

degeneración del mal social que hay en ellos. En los años sesenta prevalecerá el optimismo como símbolo del nuevo universalismo, de los nuevos individuos capaces de rehacer el mundo según los cánones de libertad y justicia. Dos aspectos siempre relacionados, como demuestra el debate de la época fascista. Y como escenario de todo ello, la escolarización prolongada y especialmente la formación de un mercado de consumo sólo para los jóvenes proporcionarán las bases de una verdadera y propia cultura juvenil⁸², fundada sobre una democratización basada en el consumismo que conseguiría una nivelación, al menos exterior. La lucha entre las generaciones terminará por ser tan importante como la lucha de clases, incluso en el ámbito de las posiciones políticas de izquierda. Respectos a estas orientaciones, las imágenes de la Italia fascista representan un momento arcaico que ya anticipaba los síntomas de algunos aspectos innatos en un concepto de lo moderno como aceleración, desorganización social, técnica y dominio.

El nacimiento del teenager

El concepto de la juventud como problema, presente en los Estados Unidos desde finales del siglo pasado, tiene una etapa significativa con la publicación en 1904 de *Adolescence*, obra del psicólogo G. Stanley Hall, que anuncia el “descubrimiento” del adolescente americano. Al atribuir a esa fase de la vida cualidades antitéticas tomadas de Rousseau –hiperactividad e inercia, sensibilidad social y egocentrismo, aguda intuición y locura infantil- Hall insiste en la necesidad de eliminar presiones y condicionamientos que empujen a los muchachos a intentar igualarse al comportamiento de los adultos, con el fin de realizar todas las posibilidades de la adolescencia. Ésta corresponde –en cuanto a la historia colectiva- al periodo de la prehistoria, marcado por las migraciones a gran escala, y, por tanto, representa una regeneración profunda, casi un nuevo nacimiento. Tal teoría no le impide a Hall concebir una apología del adiestramiento militar como la actividad que mejor puede desarrollar las potencialidades de los jóvenes, respetando la individualidad de cada uno⁸³. Durante todo el siglo el debate sobre la adolescencia y la juventud en los Estados Unidos se movería entre dos polos: por un lado, la exigencia de garantizar libertad y posibilidad de autogobierno, y por otro la de uniformar, colectivizar y restituir a la sociedad las iniciativas creativas de los jóvenes.

⁸² F. Rositi, “La cultura giovanile”, en *Informazione e complessità sociale*, De Donato, Bari, 1978.

⁸³ G. Stanley Hall, *Adolescence. Its Psychology and its Relations to Anthropology, Sociology, Sex, Crime, Religion and Education*, 2 vols., Nueva York, 1904.

Según diferentes especialistas, el proceso hacia la codificación de la adolescencia como fase alcanza su plena madurez inmediatamente después de la II Guerra Mundial⁸⁴. Ha sido destacado el contraste entre la aparente ausencia de adolescentes durante el periodo bélico, cuando el problema fundamental eran los combatientes jóvenes y adultos, y en los niños, en los años posteriores a 1945⁸⁵. De esta fecha es un artículo de Elliot E. Cohen, publicado en el *New York Times*, que utilizaba el término *teenager* como parte del lenguaje cotidiano⁸⁶. Pero fue sólo en los años cincuenta cuando el término desplegó toda su virulencia y el debate sobre sus contenidos y sus implicaciones se generalizó. El año 1955 resulta determinante: la generación correspondiente debería ser, pues, la que nació entre 1934 y 1940. Es significativo que las obras simbólicas para aquella generación fueran escritas en la primera mitad de los años cuarenta, pero no se hicieron conocidas hasta diez años después. Para demostrarlo serán suficientes dos ejemplos: *En el camino*, escrito por Kerouac en 1941, con el título original, *The beat generation*, fue rechazado por los editores hasta 1957, año en que fue publicado y llegó a ser muy conocido (con el consiguiente espanto de Kerouac, pues se empezó a utilizar el término *beat* no en su sentido original de “beatífico”, sino como sinónimo de desorden y delincuencia); *Rebelde sin causa*, novela escrita en 1944 por Robert Lindner, alcanzó una enorme popularidad, gracias a la película basada en el libro, protagonizada por James Dean y Natalie Wood.

En 1950, el proceso se había completado y la adolescencia se había convertido en un estado legal y social, al que disciplinar, someter y proteger. Se crearon para ello una serie de instituciones gubernamentales, como la *Youth Correction Division*, en 1951, que tenía como base la *Federal Youth Corrections Act*, para tratar y rehabilitar los casos de transgresión en muchachos de menos de veintidós años de edad; en 1953 se constituye un Subcomité del Senado para la delincuencia juvenil y en 1954 se crea la sección para la delincuencia juvenil dentro del *Children's Bureau* del Gobierno federal; en 1962, el presidente Kennedy establece el *Committee on Youth Employment*; y se promueven en diferentes departamentos del Gobierno múltiples iniciativas para el estudio y la discusión del problema de los jóvenes, como el gran convenio sobre niños y jóvenes organizado por la Casa Blanca en 1960, con la participación de 7.600 delegados, de los cuales 1.200 tenían

⁸⁴ J. F. Kett, *Rites of Passage. Adolescence in America 1790 to the Present*, Basic Books, Nueva York, 1977, pp. 252 y ss.

⁸⁵ G. Paloczi-Horvath, *Youth Up in Arms. A Political and Social World Survey 1955-1970*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1971, p. 78.

⁸⁶ E. E. Cohen, “A Teen-Age Bill of Rights”, en *New York Time Magazine*, 7 de enero de 1945, cit. en T. Doherty, *Teenagers and Tempics. The Juvenilization of American Movies in the 1950*, Unwin Hyman, Londres, 1988, p. 67.

edades comprendidas entre dieciséis y veintiún años⁸⁷. Estos actos, realizados por el Gobierno, tenían el cometido de reflexionar sobre el modo de detectar a jóvenes peligrosos para la sociedad y para sí mismos, y a la vez necesitados de protección y de una ayuda especial. Era inevitable que terminaran por requerir una serie de comportamientos que avalasen tal concepción o por lo menos que hicieran más difícil la labor de definir los fenómenos de los que se ocupaban. Kett ha observado que la mentalidad que creó al delincuente como tipología se parece a la que creó la tipología del adolescente: en primer lugar, se establece una caracterización de rasgos físicos y mentales y posteriormente la definición se utiliza para explicar el comportamiento de los jóvenes⁸⁸.

En aquel periodo se desarrolló en los Estados Unidos un debate sobre los jóvenes, en el que intervinieron psicólogos; educadores, sociólogos, profesores y jueces, y que continuó en la década siguiente. El material del debate es muy abundante, pero sólo algunos datos permiten encontrar elementos realmente significativos para nuestra investigación sobre la juventud como metáfora de la sociedad, en un discurso que la sociedad orientaba hacia sí misma y hacia sus propias inquietudes. El interés no está sólo centrado en el debate, sino también en su compleja relación con la realidad social y cultural de la sociedad americana. Los conductores de la polémica eran de hecho no sólo profesionales de la cuestión social y de los jóvenes –psicólogos, reformadores urbanos, educadores, consejeros familiares- sino también personas de diferentes edades y cualificaciones, como prueban las cartas a los periódicos o los contenidos de los informes de los asistentes sociales. En los primeros años de la década siguiente, la atmósfera había cambiado y el debate comenzaba a cambiar de tono; de este modo se sustituirán términos como “delincuencia juvenil” por otros como “cultura de los jóvenes” que expresaban una actitud diferente y cobraban fuerza en algunas universidades y publicaciones las manifestaciones de desacuerdo. En 1968, el *Children's Bureau* fue reorganizado y perdió parte de su poder. Así pues, se puede situar la máxima virulencia del debate sobre los jóvenes entre 1950 y 1964, año en el cual tuvieron lugar los disturbios de la Universidad de Berkeley y se acentuó la *escalation* de la guerra del Vietnam.

En los años cincuenta aparecieron *teenagers* diferentes de las generaciones precedentes en número, riqueza y conocimiento. Se trataba de la primera generación de adolescentes americanos privilegiados, pero además era la primera que presentaba una

⁸⁷ Cf. “Chronology. Events Relating to the History of the Health, Education and Welfare of Children and Youth, 1933-1973”, en R. H. Bremner (ed.), *Children and Youth in America. A Documentary History*, vol. III, 1933-1973, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1974, pp. 1991-1992.

⁸⁸ Cf. Kett, *op. cit.*, p. 255.

estrecha cohesión generacional, un autorreconocimiento como comunidad concreta con intereses comunes. La figura del adolescente que surgía de este modo estaba asociada a la vida urbana y encontraba su medio ideal en la *high school* –que se había convertido en un cosmos particular-, con sus clubes, sus actividades deportivas, sus *sororities* y *fraternities*, los bailes, las fiestas y otras actividades fuera de programa con sus lugares correspondientes, como los *drugstores*, los coches y los bares de jóvenes. En la base de la identificación del joven con el estudiante de un *high school* –frecuentada por la casi totalidad de jóvenes de todas las clases sociales⁸⁹- la adolescencia parecía transformarse cada vez más en un universo propio, y se efectuaba una rígida distinción de los roles sociales según las edades, que para algunos no encontraba precedente alguno en la historia del país. Los jóvenes se relacionaban la mayor parte del tiempo, en la escuela (y en el trabajo a causa de la estructura jerárquica), entre ellos y no con los adultos. Contaba sobre todo el cambio de las relaciones, que ya no se establecían entre padres e hijos o entre estudiantes y profesores, y que por consiguiente ya no eran significativas desde el punto de vista social, sino que la interacción se producía únicamente entre iguales, es decir, entre ellos mismos. En un estudio realizado en la primavera de 1955, que se convertiría en uno de los textos de referencia. en el debate, el sociólogo James. Coleman analizaba algunos datos de la emergente “subcultura adolescente en la sociedad industrial” y legitimaba su investigación con observaciones preocupantes:

Estos jóvenes hablan otra lengua [...] que cada vez se diferencia más de la que hablan el resto de los hablantes; la sociedad adolescente es paulatinamente más fuerte en los suburbios de la clase media [...] entre los padres se está extendiendo la sensación de que el mundo de *los teenagers* es un mundo aparte⁹⁰.

La diferencia de los jóvenes podía expresarse en formas de apatía y pasividad –aquella generación se definió como “silenciosa”- o bien como rebelión abierta más o menos violenta. De todos modos originaba un separatismo, un retraimiento que podía entenderse como alienación o como alteridad. El carácter de “alienado” atribuido a los jóvenes por la sociedad y destacado en innumerables escritos y debates de expertos daba una importancia al adolescente, al igual que otras figuras sociales y políticas habían tenido en el pasado. Edgar Friedenberg, autor de estudios fundamentales sobre los jóvenes en el campo de la psicología, observó que el *teenager* parecía haber sustituido al comunista como objeto de

⁸⁹ J. Gilbert, *A Cycle of Outrage. America's Reaction to the Juvenile-Delinquency in the 1950*, Oxford University Press, Oxford, 1986, p. 18: mientras en los años treinta sólo el 50 % de los hijos de la clase obrera frecuentaban la high schools, a principios de los años sesenta eran el 90 %.

⁹⁰ J. S. Coleman, *The Adolescent Society. The Social Life of the Teenager and its Impact on Education*, Free Press, Glencoe, 1961, pp. 11 y 13.

controversia pública y de previsión sobre el futuro de la sociedad. Fueron muy numerosos los que observaron que los adolescentes habían adoptado una terminología que acentuaba en ellos las diferencias con respecto a la sociedad que les rodeaba: “casta”, “tribu”, “subcultura”, expresiones tomadas de estudios etnográficos sobre pueblos “diferentes” del sujeto considerado como el centro en las sociedades occidentales⁹¹. El término “subcultura” referido a los jóvenes fue especialmente afortunado porque no parecía manifestar un juicio demasiado duro y a la vez destacaba los caracteres de subordinación y diferencia. La posición que adopta el joven en su deseo de ser el “otro” es particularmente significativa con respecto a los conflictos sociales, pues lo hacía apto para convertirse en el símbolo tanto de los menos privilegiados como de los más privilegiados. De este proceso de simbolización encontramos ejemplos significativos en el cine, como veremos.

El análisis de Friedenberg –al que nos referiremos a continuación- se basaba en un diagnóstico interesante: lo que parecía una fase de acentuación de la adolescencia suponía el final de la misma, al menos en términos tradicionales. El título de uno de sus ensayos más conocidos, *The Vanishing Adolescent*, publicado en 1959, aludía a la desaparición de una etapa intermedia de la edad, que había sido destruida, entre la infancia y una madurez precoz, y que llevaba a los adolescentes a conocer cada vez más deprisa el sexo y el consumismo y a ser miembros de varios comités, mientras que se iba prolongando más el periodo de formación y de adiestramiento. El diagnóstico fue aprobado por David Riesman, que escribió la introducción a la nueva edición del ensayo, en 1964. Esta aprobación era una pequeña prueba de una importante coincidencia entre los dos escritores. Gran parte de los escritos sobre jóvenes se basaban en algunos textos sociológicos generales, que fueron el punto de referencia en los años cincuenta. Entre ellos se encuentra *The Lonely Crowd*, obra colectiva sobre “el cambio del carácter americano” –y cuyo autor principal era Riesman-. Según esta obra, la sociedad americana producía individuos que se dejaban dirigir por otros (en lugar de estar dirigidos por la tradición, o bien como en el pasado, dirigidos por sí mismos). Como consecuencia, se enseñaba a los niños que la personalidad individual ya no se basaba en competencias o habilidades o en la realización de los propios deseos e

⁹¹ E. Z. Friedenberg, *The Vanishing Adolescent*, Beacon Press, Boston, 1959 (nueva edición con introducción de David Riesman, 1964), p. 115. En otro estudio, *Coming of Age in America. Growth and Acquiescence*, Random House, Nueva York, 1963, Friedenberg compara la sociedad adolescente, y el tratamiento que recibe, con las colonias y el colonialismo del siglo XIX, pp. 4 y ss. Sobre el concepto de subcultura referido a los jóvenes, Cf. M. Brake, *The Sociology of Youth Culture and Youth Subcultures. Sex, drugs and rock'n'roll?*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1980, especialmente, p. 7: “Las subculturas comparten elementos de las más amplias culturas de clase, pero también se distinguen de ellas. Las subculturas tienen una relación con la cultura dominante que a causa de su poder de invasión, y en particular por su transmisión a través de los medios de comunicación de masas, resulta inevitable. Por ejemplo, la subcultura de los *hippies* tiene conexiones con la cultura de la clase media progresista, pero es diferente porque aquélla tiende a la inadaptación”. Es importante para concretar los conceptos, aunque se refiere fundamentalmente a Gran Bretaña, D. Hebdige, *Subculture: The Meaning of Style*, Methuen, Londres, 1979.

ideales abstractos, sino en la satisfacción de las expectativas de los otros, es decir, en la dependencia de la aprobación. De este modo, los individuos aprendían a estar orientados – en una sociedad caracterizada por la riqueza económica, por la burocracia y la permisividad– hacia el goce pasivo, el consumismo y el conformismo⁹².

Asimismo, Erik Erikson, cuyo libro, *Childhood and Society*, fue también muy importante en el campo de la psicología para formalizar la visión de la infancia en los Estados Unidos, sostenía que el americano en pleno crecimiento se defendía de la angustia aprendiendo a no implicarse. Este dato también estaba presente en el diagnóstico de Friedenberg: la adolescencia se convertía en una etapa obsoleta pues la integración personal ya no podía ser el viejo ideal de madurez, que en ese momento era algo irrealizable. Los propios adultos comunicaban a los adolescentes su angustia y la falta de claridad en sus roles. De este modo se traspasaba la responsabilidad a los padres y profesores, definidos como Individuos insuficientemente caracterizados”, convertidos en anónimos por procesos que todo lo reducían a multitud o a masa. Habían cambiado antes los padres que los hijos, observaban los psicólogos, intentando, sin embargo, dar seguridad “al padre americano en plena mutación” sobre el hecho de que toda decisión que afectase a la educación era flexible. A finales de la década durante un debate organizado por la revista *Daedalus*, Erikson planteó de nuevo algunos aspectos fundamentales del debate: éste había sido conducido por personas pertenecientes a la “otra” generación, la de personas de cuarenta y cincuenta años; se habían destacado sobre todo las características de «alienación” de la juventud , descuidando el hecho de que ésta incluía también a jóvenes tranquilos, decididos y competentes; las mujeres habían quedado fuera del debate, como sujetos y como objeto del mismo⁹³.

La diferencia juvenil: responsabilidades y soluciones

El problema de cómo afrontar, la “diferencia” y el retraimiento del mundo adolescente dio origen a dos importantes interpretaciones del debate: la que atribuía la causa al exceso de permisividad en la educación y a la crisis de los valores tradicionales, especialmente a la

⁹² D. Riesman, *The Lonely Crowd*, Yale University Press, New Haven, 1950.(Trad. esp. *La muchedumbre solitaria*, Barcelona, Paidós Ibérica, 1981. Traducción de Noemí Rosemblat); son importantes en cuanto al debate la obras de W. H. Whyte, *The Organization Man*, Simon and Schuster, Nueva York, 1956,sobre la ética de las grandes corporaciones burocráticas que favorecen formas de identidad de grupo, y de T. Parsons, *Essays in Sociological Theory*,Free Press, Nueva York, 1954, que incluye un análisis sobre la edad y la diferencia de sexos en la sociedad americana contemporánea.

⁹³ E. H. Erikson, *Childhood and Society*, Norton, Nueva York, 1950 (Trad. esp., *Infancia y sociedad*, Barcelona, Paidós Ibérica, 1983. Traducción de Noemí Rosemblat); su opinión sobre el debate está en el “Preface” a id, (ed.), *The Challenge of Youth*, Anchor Books, Garden City, Nueva York, 1965 (publicado anteriormente en *Daedalus*, en 1961). La referencia a la relación entre psicólogos y padres está recogida en D. R. Miller-G. E. Swanson, *The Changing American Parent. A Study in the Detroit Area*, John Wiley, Nueva York, 1958.

“desintegración” de la institución familiar; y la que se preocupaba de comprender, prevenir e institucionalizar.

Nos referiremos brevemente a la primera interpretación, eligiendo como ejemplo representativo de una larga serie de estudios el libro de los Hechinger, *Teen-age Tyranny*, mientras que la segunda interpretación, más interesante para nuestros fines, será objeto de un análisis más amplio. El título del libro de Grace y Fred Hechinger –que tienen en cuenta los análisis de Coleman y de Friedenberg- recoge la sensación de temor extendida en la opinión pública y manifestada por los padres de adolescentes en cartas a revistas y entrevistas con expertos. “Tiranía” expresa exageradamente los términos del problema, extendido a toda la sociedad:

La sociedad americana corre el riesgo de convertirse en una sociedad adolescente con criterios adolescentes y objetivos inmaduros en la cultura y en la información es un crecimiento descendente en lugar de ascendente⁹⁴.

Los autores se declaran preocupados, no tanto por la mayor libertad de los jóvenes como por la “abdicación de los derechos y los privilegios de los adultos en beneficio de los adolescentes” atribuyen todas las desgracias a la “doctrina permisiva que comporta un exceso de autoafirmación”, que ha favorecido en el sistema educativo la dualidad individualismo-egoísmo generando, por ello, un sentimiento de inseguridad y falta de objetivos. Los Hechinger insinúan que los educadores americanos se han excedido en su buena voluntad, pues, tal vez como reacción a las dictaduras fascistas y comunistas, han desacreditado todas las formas de *leadership*. El contenido es fuerte: los primeros años de la adolescencia fueron constituidos en Imperio institucional”, la subcultura adolescente es de tipo tribal y está caracterizada por múltiples “aberraciones”, el culto a la *cheerleaders*, en las escuelas secundarias es “obsceno”, los ídolos del *rock and roll* son “deprimentes”. Pero el problema principal es el sexo: el coito está considerado obligatorio, bajo pena de una pérdida de reputación, a partir del decimosexto cumpleaños (la edad que en la mayor parte de los Estados autorizaba la obtención del permiso de conducir y, por tanto, la posibilidad de estar en un lugar apartado e íntimo) y aumentan los embarazos de adolescentes de la clase media blanca.

La estrategia de restauración que resultaba de semejantes opiniones se basaba en el intento de regenerar a la familia y sus valores. James S. Coleman había observado al

⁹⁴ G. Hechinger-F. M. Hechinger, *Teen-Age Tyranny*, Wiliam. Morrow & Co., Nueva York, 1962, pp. X, 17,18 y 57.

respecto que ese intento corría el riesgo de ligar demasiado al adolescente con sus familiares y planteaba el problema de qué sucedería si la familia estuviera formada por criminales. De este modo, aparecía una de las cuestiones expuestas más frecuentemente en el debate: la delincuencia juvenil como forma de cultura de las clases “inferiores”, que estaba conquistando áreas indefensas de la clase media, es decir, a sus hijos más influenciados y desorientados. La solución de Coleman era más sutil porque se basaba en la utilización de los mismos criterios adoptados por la sociedad marginal que los adolescentes se habían creado para huir de la compañía de los adultos. Su gran encuesta sobre las *high schools* (en cinco pueblos o zonas –rurales y cinco zonas urbanas o suburbanas del estado de Illinois, que cubría una amplia gama social, desde hijos de granjeros hasta hijos de altos industriales y a jóvenes de la clase obrera) había puesto de relieve la separación creciente de los padres por parte de los grupos que constituían las élites de los jóvenes estudiantes y, a la vez, subrayaba la falta de información de los adultos sobre el modo en el que sus hijos ocupaban su tiempo. El sistema de valores de la sociedad adolescente acentuaba la importancia de la apariencia, por medio de la forma de vestir, la popularidad y los atractivos exteriores; los más populares resultaban los jugadores de fútbol y en general los atletas, mientras que los estudiantes más inteligentes –sobre todo los jóvenes- rehuían adoptar la imagen de estudiantes brillantes, pues esto suponía una pérdida de popularidad. Estos valores externos estaban alentados incluso por los padres, deseosos de la felicidad de los hijos, aunque en líneas generales preferían los antiguos modelos de los jóvenes obedientes y estudiosos. Coleman revelaba así la esquizofrenia de los valores en los adultos y la inconsistencia de sus principios educativos⁹⁵.

El remedio propuesto era el de tomar de nuevo la misma competitividad que caracterizaba a la sociedad marginal, de la que surgía un impresionante cuadro en cuanto a la dureza de las exclusiones, las rígidas jerarquías de las bandas –necesarias para la protección personal-, la escala social que reflejaba en parte las diferencias de clase, pero efectuaba crueles discriminaciones en cuanto a la categoría social. De este modo, como la clase deportiva había desembocado en la violencia, debía trasladar la competición al campo de los estudios, estableciéndola en un plano no individual, sino de grupo y de escuela: era necesario instituir juegos intelectuales, concursos de problemas y de proyectos científicos, concursos de música, de teatro, de matemáticas, juegos con los ordenadores para plantear problemas que podrían surgir en vidas profesionales, y estrategias de organización (del mismo tipo de las que ya existían para preparar a los altos ejecutivos) hasta tener una red de competiciones sistemáticas de grupo sobre todas las materias.

⁹⁵ Cf. Coleman, *op. cit.*, especialmente los caps. III-IV.

Se utilizaba de nuevo en los Estados Unidos de los años cincuenta una solución similar a la que propusieron los *Littorali* de los años treinta en Italia. Se pensó incluso en difundir esta solución a ese punto débil representado por los docentes, cada vez más desmotivados en el ejercicio de una profesión fatigosa y difícil, con bajos salarios y escasa estima social, y que los situaba en el frente de una lucha desproporcionada para sus fuerzas. Mientras los expertos los acusaban de ser presa de una angustiosa pasividad típica de los pequeños empleados⁹⁶, o de inhibir la creatividad de los estudiantes y, en cambio, premiar su conformismo, el cine los presentaba aterrorizados por las bandas de adolescentes violentos, como en la conocida película, de 1955, *Semilla de maldad*, que el embajador Claire Booth Luce hizo retirar del Festival de Venecia porque describía a unos adultos que carecían de cualquier forma de autoridad. También el problema de los profesores se podía solucionar, según Coleman, introduciendo la competición como base de sus salarios, asignando un aumento a los que más se lo merecieran.

Era evidente que una especie de círculo vicioso caracterizaba tanto la solución de la restauración como la reformista; las dos estrategias intentaban reintegrar a la sociedad adolescente en la sociedad americana, después de haber diagnosticado que la primera se había formado por reacción hacia la segunda. El hecho de encontrarse ante un círculo vicioso fue frecuente durante todo el debate; se trataba de un modo de proceder circular que desvelaba la naturaleza proyectiva de muchas opiniones –los jóvenes como punto de proyección de temores y deseos reprimidos- y la aspiración de regresar a un punto de partida sólido y que resultara conocido. El intento de autoafirmación era constante; la insistencia sobre los jóvenes como consumidores, el nuevo y gigantesco mercado que se había abierto con la venta de Coca-Cola, de chicles, caramelos, discos, vestidos, cosméticos, accesorios para el coche y coches usados, podía llevar, a pesar del escándalo, a la secreta satisfacción de querer ver confirmada la filosofía del consumo, que era el credo del bienestar americano. Bruno Cartosio aporta algunos ejemplos de un modo de proceder que partía de observaciones “negativas” para recuperarlas en aspectos “positivos” razonables y justificables, para convencerse de que los jóvenes apáticos o rebeldes podían transformarse en activos dirigentes y padres de familia respetables; o bien para asegurarse, con un razonamiento significativo, de la capacidad de los jóvenes que no mostraban entusiasmo alguno por ser buenos soldados en la guerra de Corea. Los tonos tranquilizadores de los artículos publicados en el *Times*, en 1951-1952, ocultaban lo que en

⁹⁶ D. Riesman. Introducción a *The Vanishing Adolescent*, 1964, p. XXII.

revelaciones sucesivas saldría a la luz, es decir, el derrumbamiento psicológico que sufrieron muchos jóvenes durante la guerra de Corea, en los años de 1950 a 1953⁹⁷.

Recordemos que, a pesar del creciente bienestar y del progresivo enriquecimiento que vivió Estados Unidos como primera potencia mundial, la década de los cincuenta fue también la época en que se llevó a cabo la ejecución del matrimonio Rosenberg, en 1953, y se sintió una angustia profunda suscitada por la guerra fría –que muchos temían que en pocos años se transformase en conflicto activo y, casi con seguridad, atómico-. Los *teenagers* que se constituían en una sociedad apartada eran además la primera generación que había crecido con la bomba. Para ellos fueron habituales los simulacros anunciados por una sirena que interrumpía la actividad escolar, para prepararlos ante ocasionales ataques aéreos, y la presencia de refugios atómicos en las zonas residenciales de las ciudades. El sentimiento interior de malestar que minaba a la sociedad americana se manifestaba sombríamente en el problema de los adolescentes, pero contenía además el terror de las guerras, de las tensiones raciales y de las cuestiones sexuales⁹⁸.

En medio de todo ello se llevaba a cabo con absoluta tranquilidad el debate sobre la delincuencia juvenil. Por un lado se intentaba demostrar una mayor comprensión en cuanto a la base social del fenómeno, y se llegó durante el gobierno de Kennedy a la aprobación de una ley en el *Congress of Juvenile Delinquency and Youth Offenses Control Act*, de 1961, que acogía las resoluciones del Comité presidencial sobre la delincuencia juvenil y los crímenes de jóvenes: la ley reconocía que los factores económicos y sociales podían ser la causa y autorizaba la asignación de fondos para programas de prevención. Por otro lado, se había ido ampliando enormemente el concepto de delincuencia, por estar relacionado estrechamente con el adolescente; de este modo cualquier clase de comportamiento irregular e incluso cualquier forma de lenguaje no convencional, por ejemplo, el lenguaje obsceno, estaban clasificados como inclinación a la delincuencia⁹⁹. En los documentos del Subcomité del Senado sobre la delincuencia juvenil se leía que “el gánster del mañana es el individuo que hoy día se parece a Elvis Presley”. La subcultura adolescente que se juzgaba agresiva incluía el *rock and roll*, el uso de un automóvil cuyo motor había sido trucado y su carrocería modificada con el fin de hacerla más personal, el corte de pelo similar al de Presley o los cabellos largos, la forma de vestir tomada de los estilos afroamericanos, y la

⁹⁷ B. Cartosio, *Anni inquieti. Società media ideologie negli Stati Uniti da Truman a Kennedy*, Editori Riuniti, Roma, 1992, pp. 277-278.

⁹⁸ Sobre los años cincuenta en los Estados Unidos, cf. P. A. Carter, *Another Part of the Fifties*, Columbia University Press, Nueva York, 1983, y W. H. Chafe, *The Unfinished Journey. America Since World War II*, Oxford University Press, Nueva York-Oxford, 1986.

⁹⁹ Cf. Kett, *op. cit.*, p. 256.

pertenencia a alguna banda. La definición de banda era demasiado amplia y reunía la vez a los grupos de vándalos dedicados al robo y a la violencia junto con los miembros de clubes y asociaciones.

La existencia de las bandas, delincuentes o no, se contraponía a la de las organizaciones para adolescentes administradas por adultos, como las de los scouts, pero los protagonistas del debate prestaron escasa atención a las semejanzas que existían entre los dos fenómenos, como era la utilización de una jerga particular, la afirmación de valores como la lealtad, la audacia física y la afirmación precoz de la madurez. Albert Cohen, en *Delinquent Boys: The Culture of the Gang*, demostró que la cultura de la delincuencia era un modo de vida que había llegado a ser tradicional entre ciertos grupos de la sociedad americana que provenían de las clases “inferiores”, pero que estaba extendiéndose a la clase media, a causa de los errores en la educación de los hijos. Cohen sostenía que una banda de delincuentes era en realidad una pequeña sociedad en sí misma, en la cual los valores se adjudicaban según criterios opuestos a los que regían la clase media, es decir, era una especie de venganza contra el mundo, y este carácter confirmaba su dependencia de la sociedad convencional. En otro importante trabajo, *Growing Up Absurd*, Paul Goodman señaló que el carácter incompleto de la revolución americana y la incapacidad de la sociedad estadounidense de mantener sus promesas generaban el nihilismo de los jóvenes *-beatniks* por un lado y delincuentes, por otro-, lo que equivalía a desperdiciar todo su potencial¹⁰⁰.

La opinión pública y los especialistas estaban de acuerdo en atribuir una parte relevante de la responsabilidad a la injerencia de la delincuencia juvenil en los medios de comunicación de masas preferidos por los jóvenes, es decir, los tebeos, la radio y el cine, mientras la televisión era el medio predilecto de las familias (se podrían citar entre estos medios también el teléfono, instrumento primario de cohesión entre los adolescentes, con la consiguiente irritación de los adultos). En 1954 fue publicado el libro de Fredric Wertham. *Seduction of the Innocent*¹⁰¹, según el cual la cultura de masas podía ser más potente que la familia, la clase social, la tradición y la historia. En ese mismo año el Comité del Senado se ocupó del papel que desempeñaban los tebeos en la delincuencia juvenil y los editores de tales publicaciones adoptaron un código de autorreglamentación con el fin de eliminar de los tebeos las obscenidades, las vulgaridades y los elementos terroríficos. La indignación era mayor en cuanto a la radio y el cine, y también con respecto a las revistas juveniles, pues

¹⁰⁰ A. Y. Cohen, *Delinquent Boys: The Culture of the Gang*, Free Press, Glencoe, 1955; P. Goodman, *Growing Up Absurd: Problems of Youth in the Organized system*, Random House, Nueva York, 1960.

¹⁰¹ F. Wertham, *Seduction of the Innocent*, Rinheart, Nueva York, 1954.

difundían o defendían géneros musicales capaces de dar cohesión e identidad a la cultura juvenil. Entre ellos era especialmente significativo el *rock and roll* con sus cantantes, como Bill Haley y Elvis Presley, que habían absorbido los componentes transgresores de la música afroamericana, sus alusiones a la sexualidad, a otros modos de vida y a diferentes formas de vestirse.

Podemos preguntarnos si las reacciones virulentas a las penetraciones de las formas afroamericanas de música (incluso aquellas mediatizadas; por ejemplo, de Elvis Presley, se ha dicho que tenía un estilo negro de cantantes negros que imitaban un estilo blanco)¹⁰² no eran formas indirectas de respuesta a los grandes problemas raciales que estaban surgiendo exactamente en aquellos momentos. Del año 1954 es la sentencia de la Corte Suprema denominada *Brown y. Board of Education*, que dio un giro a la ley educativa basada en una enseñanza “separada pero igualitaria” y que estableció a partir de ese momento que la división escolar según la raza violaba la 14ª enmienda de la Constitución; se les ordenaba a los organismos competentes que aceleraran los procesos legales para admitir en las escuelas públicas a los niños negros. A consecuencia de ello se crearon una serie de conflictos, entre los cuales el más conocido fue el de la escuela de Little Rock en Arkansas. En 1957, este centro intentó poner en marcha lo que disponía la nueva ley pero encontró la oposición del gobernador, por lo que tuvo que intervenir el cuerpo de paracaidistas para proteger a los muchachos negros que se dirigían a la escuela. La tensión racial agitaba numerosos lugares del país y numerosas zonas de la cultura estadounidense de un modo solapado, según formas típicas de la época, que requerían la expresión disimulada de las inclinaciones hacia opciones culturales alternativas¹⁰³.

Sexos y polimorfismo cultural

Durante el debate sobre los jóvenes las cuestiones sobre sexualidad y las diferencias entre los sexos aparecieron con frecuencia, aunque no se trataron las conclusiones resultantes de las investigaciones y de las encuestas. Uno de los aspectos más sorprendentes de toda la producción sobre esta tema es que las muchachas y las mujeres están a menudo ausentes o no se pronuncian sobre la cuestión; este hecho se reconocía abiertamente, como en la intervención de Erikson citada anteriormente, pero se daba por descontado o simplemente se dejaba aparte. Incluso los especialistas que reconocían tal ausencia la justificaban en pocas palabras, afirmando que las jóvenes no parecían formar

¹⁰² N. George, *The Death of Rhythm and Blues*, cit. por W. Breines, *Young, White and Miserable. Growing Up Female in the Fifties*, Beacon Press, Boston, 1992, p.158.

¹⁰³ Cf. Breines, *op. cit.*, pp. 125-126.

parte de un problema que implicaba fundamentalmente a los varones, bien porque sobre ellos había fuertes presiones para alimentar su fe en el modo de vida americano, mientras que la maternidad era para las mujeres una autojustificación suficiente, o bien porque las adolescentes no mostraban un adecuado conocimiento de las instituciones en las que se encontraban, como la escuela¹⁰⁴. Friedenberg, que desarrollaba un análisis en el que daba al tema de la represión sexual una relevancia central, consideraba que la posición marginal que las mujeres tenían aún en la cultura y en la burocracia americana, donde se las excluía totalmente de desempeñar roles importantes, les garantizaba una “mayor subjetividad”, una más amplia libertad y una imagen menos amenazadora para la sociedad en general.

En realidad, el punto crucial del análisis de Friedenberg era que podría ser el temor a la homosexualidad por parte de los varones adultos lo que situaba a los adolescentes en el centro del problema y dejaba aparte a las muchachas. El estereotipo del *teenager* contenía numerosos elementos sexuales, desde los pantalones vaqueros estrechos a las actitudes provocativas junto a la idea de que en ellos se daba a menudo el *coitus interruptus* durante sus relaciones sexuales; la sexualidad adolescente despertaba conflictos eróticos en los adultos que se encubrían en forma de preocupación. A la atracción reprimida se añadía el temor al desorden y a la pérdida de control como resultado de la creciente democratización de las relaciones entre jóvenes y adultos, la envidia derivada del miedo, a envejecer y la constatación de que los jóvenes tenían más de cuanto sus padres habían soñado nunca, además de la pérdida de autoestima de los adultos como consecuencia de la constatación de que no habían conseguido lo que de jóvenes se habían propuesto. El hecho de que la época fuese especialmente hostil a las manifestaciones de homosexualidad masculina está confirmado por investigaciones recientes, que destacan los diferentes criterios de comportamiento entre personas del mismo sexo; mientras que a las adolescentes de los años cincuenta se les concedían numerosas expresiones de afecto físico recíprocas (bailaban juntas, se intercambiaban la ropa o se vestían del mismo modo), a los varones les estaban negadas todas ellas, excepto las que eran habituales en la práctica común de los deportes¹⁰⁵.

A pesar del silencio o la mayor importancia que se le daba a la homosexualidad masculina, en gran parte de los estudios de los años cincuenta se encuentran recogidos datos básicos sobre el tema de la diferencia, que surgiría más tarde. Estos datos resultan

¹⁰⁴ Cf. T. Doherty, *op. cit.*, p. 196; Goodman, *op. cit.*, p. 13; Friedenberg, *The Vanishing...*, *op. cit.*, p. 5. Sobre la formación de la identidad en las adolescentes, cf. E. Douvan-J. Adelson, *The Adolescent Experience*, John Wiley, Nueva York, 1966, pp. 229-261, basado en dos encuestas de carácter nacional realizadas en 1955-1956. Para aclarar estos conceptos es útil A. McRobbie-M. Nava (ed.), *Gender and Generation*, MacMillan, Londres, 1984, especialmente el ensayo de B. Hudson, *Femininity and Adolescence*.

¹⁰⁵ W. Graebner, *Coming of Age in Buffalo. Youth and Authority in the Postwar Era*, Temple University Press, Filadelfia, 1990, pp. 69 y ss.

especialmente interesantes si se observan en el pasado. De diferentes lugares llegaban indicaciones sobre la importancia del elemento femenino para la cuestión que se estaba debatiendo, bien respecto a los conflictos entre sexos (según algunos ponentes, los jóvenes varones estaban confundidos y desorientados por las actitudes agresivas de las muchachas) bien más en general, a propósito de la “feminización de la imagen del adolescente. Ésta se afirmaría mediante un lento proceso desde finales de siglo a los años cincuenta, llegando al punto de considerar a todos los jóvenes como seres vulnerables, pasivos e ineptos, cualidades anteriormente sólo atribuidas a las muchachas¹⁰⁶. Gran parte de los expertos más prestigiosos, desde Riesman a Whyte, estaban de acuerdo en el hecho de que los papeles masculinos y femeninos se estaban acercando, sobre todo en la clase media, lo que se daba por descontado en encuestas como la de Coleman.

James Coleman había señalado la existencia de una diferencia notable entre ellos y ellas: los primeros practicaban más deporte y actividades al aire libre, mientras que las segundas estaban con las amigas, veían la televisión, leían, escuchaban discos y sobre todo se ocupaban de organizar actividades en la escuela y en los innumerables clubes y asociaciones que animaban, la vida de la *high school* en los años cincuenta. La “popularidad” de la que podía gozar una joven para el otro sexo era de una importancia comparable a la fama que disfrutaban los deportistas y, como ellos preferían una compañera “activa” –con capacidad organizativa y/o *cheerleader*- a una “pasiva”, con buenas notas y obediente a los consejos de sus padres y de sus profesores, la adolescente de las *high schools* de clase media se valoraba en la misma medida en la que lograba ser una réplica juvenil de las mujeres americanas adultas, con todas sus actividades organizativas, desde los clubes a las asociaciones religiosas o asistenciales. Mientras en las *high schools* frecuentadas por hijos de la clase obrera las buenas notas estaban consideradas como algo más propio de mujeres que de hombres, y cuanto más se ascendía en la clase social más rechazaban las muchachas el hecho de ser catalogadas como “estudiantes brillantes” y muy inteligentes, pues esto dañaba a su popularidad; con frecuencia incluso llegaban a ocultar su inteligencia, dejando que fueran las menos inteligentes las que se clasificaran como las mejores estudiantes¹⁰⁷. La encuesta de Coleman era verdaderamente reveladora, aunque no planteaba la cuestión de la escasa diferenciación de los roles sexuales en la clase media, que en realidad seguían rígidamente separados en aspectos fundamentales como el trabajo doméstico, reservado a las mujeres.

¹⁰⁶ Cartosio, *op. cit.*, p. 279; Kett, *op. cit.*, p. 6.

¹⁰⁷ Cf Coleman, *op. cit.*, especialmente el cap. VI, “Beauty and Brains as Paths to Success”.

Todos los participantes del debate reconocían, tal vez no con el mismo horror con el se expresaban los Hechinger, que los hábitos sexuales habían sufrido un enorme cambio. Se discutía ampliamente sobre el nuevo uso del *going steady*, que instauraba la monogamia entre los más jóvenes; en este punto intervenían las tesis de Riesman¹⁰⁸, según el cual la necesidad de seguridad y afecto, pero también de unir el concepto de respetabilidad con el sexo, les inducía desde niños a buscar relaciones estables y a casarse cada vez más jóvenes. En 1955, una revista católica lamentaba que hubiera un millón de adolescentes casados y arremetía contra la práctica del *going steady*. Disminuía constantemente la edad de las citas amorosas: en los años cincuenta los muchachos de clase media practicaban el ritual del *dating* desde la *junior high school*, empezando con citas de grupo (*group dating*). Las citas incluían prácticas como *pettingy necking*, es decir, besos, caricias, abrazos, considerados perfectamente respetables; sin embargo, no estaban considerados como tales otra clase de prácticas que, de todos modos, permitían a las muchachas permanecer técnicamente vírgenes (*heavy petting*). El coito preconjugal había ido aumentando en los años veinte y treinta; en el informe Kinsey de 1953, el 50 por 100 de las mujeres confesaba practicarlo, aunque no de un modo explícito frente a la familia y a la comunidad. En conjunto, todo ello revelaba que los comportamientos sexuales de los varones y de las mujeres adolescentes se habían acercado y servía para centrar una discusión más amplia en la sociedad estadounidense sobre la liberalización de los hábitos sexuales. El sexo se ensalzaba y se comercializaba por los medios de comunicación de masas, el *sex appeal* se inculcaba como un ideal que se alcanzaba con esfuerzo y técnicas codificadas, y al mismo tiempo se discutía frecuentemente de la frigidez femenina (la moda de los grandes senos y de los senos falsos, fabricados y vendidos en grandes cantidades, era sólo un ejemplo de las concepciones más difundidas sobre el *sex appeal*)¹⁰⁹.

La infravaloración y desvalorización de las adolescentes en los años cincuenta ha sido discutida por numerosos escritos autobiográficos y algunos estudios recientes, que indican a la vez los fuertes límites de la presunta liberalización. Se ha demostrado que existían bandas de muchachas, diferentes de las masculinas y de las mixtas¹¹⁰, pero sobre todo que la cultura aparentemente andrógina contenía en realidad una fuerte oposición entre los sexos. El cuerpo de la joven estaba dividido en partes, más o menos accesibles por su compañero, según una negociación que se parecía a los movimientos de una guerra fría.

¹⁰⁸ Cf. E. K. Rothman, *Hands and Hearts. A History of Courtship in America*, Basic Books, Nueva York, 1984, pp. 301 y ss.

¹⁰⁹ Cf. Gilbert, *op. cit.*, pp. 21 y ss.; Breines, *op. cit.*, cap. III.

¹¹⁰ Graebner, *op. cit.*, p. 52.

La condición sexual se inscribía en un cuadro de perspectivas profundamente contradictorias para las mujeres, a las cuales se les abrían en teoría posibilidades ilimitadas, mientras en realidad sus únicas salidas legítimas seguían siendo los destinos de esposas y madres. La necesidad de salvar a toda costa las apariencias implicaba no sólo a las mujeres, sobre todo jóvenes: todos los adultos debían ser heterosexuales y casados, y fingir que eran felices. El símbolo de esta época, ha escrito Wini Breines, podía ser Rock Hudson, ídolo de las adolescentes por su virilidad, pero que en realidad era homosexual, como se descubrió trágicamente cuando murió de sida en los años ochenta; igualmente significativa fue la canción de los Platters, *The Great Pretender*, entonces muy conocida, en la que se manifestaba que la simulación era el único modo de explorar nuevas posibilidades a menos que se fuera abiertamente un rebelde¹¹¹..

La importancia de la sexualidad en los años cincuenta estaba vinculada al hecho de que suponía que era el punto central en los procesos de rebelión; así, en parte se rescataba el carácter obsesivo que ésta tomaba por la represión de los comportamientos femeninos y el carácter de obligación de los masculinos. La sexualidad se cargaba de valor simbólico como algo auténtico, genuino y real respecto a la “verdadera vida” de la cual los jóvenes y las jóvenes se sentían excluidos, oprimidos como estaban por un sentido de la irrealidad e inconsistencia del ambiente que les rodeaba y de sí mismos. Las formas de libertad sexual eran, especialmente para ellas, modos de expresar la rebelión, con la contradicción y la complejidad propias de los procesos de formación de la identidad de las adolescentes. Éstas se identificaban con varones socialmente inconvenientes como maridos, como James Dean o Marlon Brando o los bohemios y los *beats* que vivían en el Greenwich Village de Nueva York, a pesar del carácter sexista o machista de todos esos modelos. Estos últimos se inspiraban en la presunta virilidad de las clases inferiores”, rechazando la sexualidad de los hombres blancos de clase media. Ellas deseaban ser como las que proponían o personificaban estilos alternativos de vivir, aunque terminaban por ser sus *girl-friends*. Por ello tenían éxito individuos con una apariencia ambigua, con caracteres andróginos como Presley y Dean¹¹².

La atención a la diferencia de sexos introduce la ambigüedad y la multiplicidad en la consideración de los jóvenes, nivelados y uniformados en la mayor parte del debate. Como ya se ha dicho, algunos autores consideran el mismo debate, o mejor la forma que llegó a tomar, como una expresión del conflicto generacional. Según Kett, el tono dominante había sido

¹¹¹ Breines, *op. cit.*, p. 125.

¹¹² *Ibidem*, p. 158; Doherty, *op. cit.*, p. 89.

excesivamente ideológico para reflejar de verdad las tendencias sociales y psicológicas de la mayoría de los jóvenes:

Pequeños grupos de adultos ponen de manifiesto las experiencias de pequeños grupos de jóvenes y las declaran arquetípicas y núcleo de futuras tendencias¹¹³.

El resultado era que el carácter principal de la condición juvenil rehuía constantemente el análisis de los expertos: la percepción social nunca había expresado el polimorfismo que, sin embargo, era el elemento más significativo de la experiencia social de los jóvenes.

Resulta significativo que algunos estudios históricos más recientes, gracias a la utilización de categorías y de orientaciones metodológicas innovadoras como la microhistoria y la categoría de género, pongan de manifiesto ese carácter. De diferentes modos, Graebner, Breines y Doherty han señalado la multiplicidad de las culturas juveniles, las distinciones presentes en ellas según la etnia, el género, la educación, la religión, la clase social y el barrio. Los adolescentes de los años cincuenta formaban un grupo muy variado –insisten aquellos autores-, con gustos y valores contradictorios, además de fuertes conflictos internos. Pero el polimorfismo es algo más que la multiplicidad; es la disponibilidad a tomar distintas configuraciones, incluso aquellas que la propia cultura define como irremediamente existentes. Tal vez era justamente esta característica la que permitía a los jóvenes de la década de 1950 romper, o al menos tener la tendencia a hacerlo, las barreras de color y de género, eligiendo ídolos que escandalizaban a los adultos porque eran “ambiguos”, andróginos, se comportaban como negros o estaban influidos por las clases “inferiores”. La ruptura se producía la mayoría de las veces de forma oculta, o simbólica o parcial –pero no por ello es menos significativa siguiendo el impulso de encontrar nuevas identidades. Audre Lorde ha expresado adecuadamente este estímulo en su espléndida autobiografía, “biomitología” de una joven lesbiana negra en el Nueva York de aquel periodo: “Las muchachas homosexuales eran las únicas mujeres negras y blancas que hablaban en este país, en la década de 1950, de tenias que no fueran la vacía retórica del patriotismo y los movimientos políticos¹¹⁴.”

Téempics

¹¹³ Kett, *op. cit.*, p. 4.

¹¹⁴ A. Lorde, *Zami: A New Spelling of My Name. A Biomytography*, The Crossing Press, Freedom, CA, 1982.

El cine se confirma como una fuente especialmente importante para la historia del discurso sobre la juventud, y en el caso de los Estados Unidos de los años cincuenta es una fuente privilegiada. Hacia la mitad de la década empieza a existir una producción cinematográfica que no sólo toma a jóvenes y adolescentes como protagonistas y sus problemas como argumentos de sus historias, sino que se dirige directamente a los *teenagers* como público. En la primera mitad de la década la película era un medio destinado a un público heterogéneo y multigeneracional; ir al cine era un ritual para las familias, lo que justificaba los severos controles sobre la moralidad de las películas. El hecho de que los jóvenes fueran el contenido principal de las películas y a la vez sus principales destinatarios en aquel periodo –contemporáneo al declive de las clásicas producciones de Hollywood- hizo del cine un producto fundamentalmente juvenil, mientras la expansión de las áreas suburbanas incrementaba el consumo, por parte de los adultos, de espectáculos televisivos y, más tarde, de vídeos. *Teenpics*, abreviatura de *tepictures*, significa precisamente películas destinadas a los *teenagers*. El fenómeno ya ha sido estudiado, con el resultado de buenas filmografías e interpretaciones interesantes¹¹⁵. Me limitaré a destacar algunos datos útiles para un futuro análisis de la imagen del joven y su importancia en una posible historia del discurso sobre la juventud en los últimos dos siglos en Occidente.

A diferencia de cuanto sucedía en el cine fascista, la figura juvenil está plenamente tratada de un modo totalmente independiente de la de los adultos. Su diferencia, también en cuanto a la imagen, se expresa de varias formas. *La ley del silencio*, de 1954¹¹⁶, nos presenta a un Marlon Brando que es visiblemente más joven respecto a los demás miembros de la banda a la que pertenece junto con su hermano mayor, y de hecho todos le llaman “el muchacho”. Es asimismo el único capaz de encontrar la fuerza para rebelarse y denunciar un asesinato del que ha sido cómplice involuntario, corriendo el riesgo de que lo maten, pero consiguiendo arrancar de la apatía a los demás trabajadores del puerto, que sufren extorsiones por parte de la banda. Su compañera de reparto es Eva Marie Saint, que representa un buen contrapunto entre la joven rubia y religiosa y el maleante del *blouson noir* (la única escena de la película en la que Brando lleva corbata es cuando testifica en el juicio contra la banda). El muchacho ha crecido en un orfanato, de donde ha huido y se siente muy unido a su hermano, que lo ha introducido en la mala vida; podía haber llegado a convertirse en un campeón de boxeo, pero la banda amañó el encuentro; cuando le explica a la muchacha estos hechos sobre su vida, ella observa: “La gente a veces es mala porque

¹¹⁵ Sobre todo el estudio de Doherty, *cit.*, con una rica filmografía cuyos títulos son muy difíciles de localizar en Italia. Cf. también M. Wood, *L'America e il cinema*, Garzanti, Milán, 1979, con referencias autobiográficas a los modelos masculinos en el cine de los años cincuenta, por ejemplo, en las pp. 138 y ss.

¹¹⁶ Para informaciones sobre las películas citadas, Cf. Di Giammatteo, *Dizionario...*, *cit.*

no se la acepta tal y como es". Los dos jóvenes destacan en el ambiente que les rodea por su belleza, y también por el contraste de "estilos" de los dos y la pareja encarna exactamente los sueños de los adolescentes de los que hablábamos más arriba: un muchacho salvaje y despreocupado que, sin embargo, es bueno y que lucha contra las injusticias del mundo que le rodea, gracias al amor de una muchacha. El papel de ella, junto al de un sacerdote, es crucial, para conseguir la conversión del joven en su pequeña sociedad ilegal, separada de los grandes valores americanos de la sinceridad, el coraje y el individualismo.

La historia de *Al este del Edén*, de 1955, se abre en un escenario típico de 1917 en Monterey: las casas y las personas pertenecen claramente a aquella época. Entre una multitud de personas vestidas de colores oscuros, mujeres con sombrero y vestidos largos, los hombres con chaleco, corbata y chaqueta, aparece James Dean (Cal), que viste pantalones vaqueros blancos, camisa deportiva de color blanco y jersey de lana marrón claro. Su atuendo es exactamente igual que el de los adolescentes de 1955, año en que Elia Kazan dirigió la película, basada en una novela de John Steinbeck. La protagonista femenina –interpretada por Julie Harris– es la novia del hermano y su modo de vestir es híbrido, aunque respeta la imagen de las muchachas de los años cincuenta, falda larga con vuelo amplio, con una cintura estrecha que realza el busto. Las diferencias anunciadas ya por estas imágenes se acentuarán durante la historia, que dividirá netamente a buenos y malos: entre los primeros se encuentra el padre, "demasiado puro" y el hermano de Cal; entre los segundos están Cal y su madre, que al no tolerar la cerrada vida conyugal con un marido "que la quería sólo para él", lo ha abandonado para convertirse en la dueña de un burdel económicamente muy rentable. A ella se parece el hijo malo, al que su padre le reprocha el hecho de que "no le interesa nada" y que rechaza las enseñanzas paternas: "Tú puedes hacer de ti mismo lo que quieras". Entre los dos grupos media la joven, que explica los orígenes de todos los males: "Es terrible no sentirse amado. Es lo peor del mundo. Por eso las personas se vuelven pérfidas, violentas y crueles". En realidad Cal demuestra poseer mayor espíritu comercial que el padre y el hermano, pero ellos no lo aprecian y como venganza revela a ambos la profesión de la madre. El padre sufre una apoplejía y el hermano parte para la guerra.

Son evidentes los elementos que permiten a los adolescentes de la época identificarse con Cal o con la novia del hermano, que lo comprende y, transgrediendo todas las normas, se enamora de él. La historia y el ambiente tienen componentes excesivamente fuertes para la época de los cincuenta, sobre todo por lo que a la figura de la madre se refiere, pero el clima trágico parece adecuado para expresar las angustias propias de aquel

periodo. El 30 de septiembre de 1955 James Dean murió a los veinticuatro años en un accidente, al estrellar su Porsche en un cruce de una calle californiana. Su muerte, y el modo en que se produjo, así como la pasión por los coches y la velocidad, sería la marca de diferencia para un sin fin de adolescentes. Las infracciones graves o leves de la conducción ocupaban un lugar importante en el elenco de ilegalidades que podían conducir a la delincuencia juvenil.

Otra película de James Dean, *Rebelde sin causa*, estrenada poco antes de su muerte, llegó a constituir casi un tema de reflexión en el debate sobre los jóvenes delincuentes, al demostrar que en realidad los comportamientos irregulares eran debidos a la infelicidad provocada por unos padres débiles e incapaces o poco afectuosos. Los adolescentes se sentían obligados a aceptar las reglas y los rituales de una sociedad marginal, que parecían las leyes de una jungla, y se unían en pequeños grupos de amigos capaces de una absoluta lealtad. Su diferenciación aparecía en comportamientos que expresaban desesperación, disgusto y apatía. En este sentido debemos contemplar la escena inicial de los tres jóvenes que se encuentran durante la noche en una comisaría de policía: uno de ellos (Dean) está ebrio, se ríe a carcajadas, se tambalea y da puñetazos sobre una mesa; el segundo (Sal Mineo), de piel oscura, calla obstinadamente y tiembla de frío, tanto que Dean le ofrece su chaqueta, mientras el policía se ha informado de que sus padres están separados y le pregunta con aire grave: “¿Alguna vez le ha examinado un psiquiatra?”; la muchacha (Natalie Wood) llora mientras explica que su padre no la quiere –y tal vez por ello es la novia del jefe de una banda que roba automóviles y los destruye en peligrosas carreras-. Incluso las imágenes que introducen los créditos de la película –Dean jugando con un muñeco mecánico al que da cuerda y lo pone a dormir junto a él abrazándolo en posición fetal- aluden al carácter infantil del protagonista y a la vanidad y automatismo de la sociedad existente. Ésta resulta ferozmente criticada por el comportamiento juvenil; aunque los motivos de la rebelión sean frágiles, relacionados como están con el *American Way of Life* de aquellos años (la ausencia de la madre el día del cumpleaños o la prohibición a la joven de no usar barra de labios), las palabras que acompañan estas imágenes acusan a toda la sociedad: “Quisiera que hubiera un solo día en el que no me sintiera tan confundido y no me avergonzara de todo”, declara Dean, y añade: “No quiero aprender a vivir en este mundo”. “Mi vida está llena de amarguras”, confiesa la muchacha, y su compañero la tranquiliza diciéndole: “Ya no nos sentiremos solos, nunca más”. Al final de la película muere uno de los tres muchachos debido a un error de la policía, pues el joven va armado pero la pistola está descargada; el padre le promete a Dean que será el hombre fuerte que el hijo siempre había deseado; la madre, agresiva y dominante, adopta una actitud más suave, y Dean formaliza su relación con la muchacha afirmando a

sus padres: “Ésta es Julie: nos queremos”, y sin darles ninguna posibilidad de replicar. La sociedad ha sido llamada por los adolescentes a restablecer sus valores: afecto, independencia y el derecho del *going steady*.

La tarea de regeneración está atribuida a figuras de jóvenes varones, apoyados por jóvenes abnegadas y, a su modo, significativas. Las figuras femeninas jóvenes son menos numerosas y sobre todo menos centrales en la producción cinematográfica del periodo. Allí donde aparecen se manifiesta enseguida el sentido diferente que tiene la imagen de la adolescente en la cultura americana de esta época. En *Picnic*, de 1955, una madre frustrada e irritable pone todas sus esperanzas en la hija mayor, de diecinueve años, que interpreta Kim Novak; ésta brilla por su juventud y belleza -valorada en la época por las medidas de la cintura, las caderas y el busto- pero no por su inteligencia o personalidad. La madre tiene la esperanza de que su hija consiga ser elegida reina de la belleza en la fiesta de la comunidad; pero sobre todo aspira a que se case con el hijo del magnate local, por lo que le pregunta a su hija sobre el muchacho: “¿No intenta nunca propasarse contigo?”. Sin embargo, sus expectativas se derrumbarán por la elección de la chica en favor de un joven simpático y sin trabajo –interpretado por William Holden- que parece encarnar el viejo ideal americano del vagabundo generoso. La joven protagonista, procaz e “insípida”¹¹⁷, que bien podría representar los sueños de numerosas adolescentes, se rebela contra un destino de ascenso social a través del matrimonio, y permanece junto al vagabundo; una decisión que en aquella atmósfera tenía un sentido de ruptura importante. Su imagen –enormemente sexual- está caracterizada por el silencio, y éste tendrá un resultado imprevisto.

Mucho más sutil es la sexualidad de *Baby Doll*, de 1956, basada en una novela de Tennessee Williams. *Baby Doll* (Carroll Baker) debe cumplir diecisiete años, que corresponden al número de dijes de su pulsera, pero ya se ha casado con un hombre poco atractivo (Karl Malden), que ha prometido a su suegro esperar a la mayoría de edad de la joven para consumir el matrimonio. En esta situación, ya por sí misma compleja, aparece un vecino de origen siciliano (Eli Wallach) con el que ella comienza un juego de persecuciones, peleas divertidas y luchas cuerpo a cuerpo en la gran casa decadente, donde gran parte de los muebles han sido embargados por los acreedores. El escenario se sitúa en el Sur, entre incendios reales provocados por los celos e incendios simbólicos de los sentidos. *Baby Doll* lleva el pijama que tomó ese nombre y que estuvo de moda en todo el mundo, porque era a la vez práctico y sexy. El erotismo que triunfa en la película está lleno de maliciosas alusiones, bromas y complicidades; es el erotismo relacionado con la

¹¹⁷ *Ibidem*, p. 784.

risa, que se expresa mediante “las pausas y las elipsis”¹¹⁸. La figura femenina que evoca abiertamente la infancia ---el marido espía a Baby Doll mientras se chupa el pulgar en una vieja cuna--- posee a la vez rasgos inocentes y pecaminosos, demostrando la fascinación de las adolescentes, lo que debió provocar un escándalo semejante al que suscitó el libro de Nabokov sobre Lolita, y la indignación del cardenal Spellmann, recién llegado de Corea. La película resultaba sorprendente por los discursos virtuosos sobre la “inmadurez” de las jóvenes y mostraba una figura típica del imaginario erótico masculino con toda su ambigüedad; también en esta versión la adolescente se muestra especialmente peligrosa para el orden social y psicológico. Los roles, atribuidos a las jóvenes están siempre centrados en el sexo y ellas no poseen una intención clara, sino una habilidad soterrada para labrarse su propio camino a través de innumerables peligros. No esperan alternativas por ser sujetos activos que están más allá de la relación con el otro sexo, estén o no casadas.

Las películas citadas --las dos primeras dirigidas por Elia Kazan, la tercera por Nicholas Ray, la cuarta es de Joshua Logan y la quinta de Kazan- se dirigían aún a un público plurigeneneracional, aunque tenían como figura central la figura del joven rebelde y lanzaban mensajes significativos especialmente para los adolescentes y para los que tenían que ver con ellos. Pero existía una amplia producción destinada de modo exclusivo a ellos que a gran parte de los adultos les parecía abominable e incomprensible. Entre ellos el primer gran éxito que excluía a los adultos fue *Rock around the Clock*, que se mantuvo en las salas sola y exclusivamente por el público adolescente, y cuyas proyecciones causaron agitaciones en Gran Bretaña. La aparición de una película de este tipo en un céntrico cine confirmaba la subcultura adolescente; era una ocasión para demostrar en público la presencia, identidad y solidaridad de los adolescentes¹¹⁹.

La combinación de dos medios importantes como los discos y el cine favoreció el éxito de películas basadas en canciones famosas, como las de Pat Boone y Elvis Presley. Desde el punto de vista de la imagen, este último es sin duda el más significativo (el primero personalizaba tan coherentemente al *good boy* que incluso se negaba a besar en los rodajes), aunque es importante la multiplicidad y la contradicción de las figuras simbólicas, dado que el mismo público adoraba a personajes diferentes como Dean, Boone y Presley. Este último interpretó con solvencia un modelo de rebelde menos refinado que el de James Dean, con raíces profundas en el imaginario americano, como prueba la duración del culto a

¹¹⁸ *Ibidem*, p. 76.

¹¹⁹ Doherty, *op. cit.*, p. 98.

su figura. La mirada torva que surge de sus párpados entornados, los labios sensuales y desdeñosos y el beso esquivo hicieron de él un símbolo sexual. Pero a todo ello se añadía una actitud desafiante hacia el mundo de la cultura y hacia el poder, al menos hasta 1957. En *Jailhouse Rock*, de 1957, Presley sale de la cárcel, donde ha descubierto su talento para la canción y se divierte escandalizando a los padres de la muchacha que lo ayuda a grabar un disco y que lo quiere. No sólo les confiesa que ha estado en prisión, sino que además reacciona violentamente en la discusión que se entabla en el salón de la casa sobre Brubeck, Lennie Tristano y otros músicos de jazz. Cuando se le pide con cortesía su opinión, Elvis responde brutalmente: o tengo ni idea de lo que habláis», rechazando así cualquier papel fuera del mercado de la producción, cualquier influencia culta. Antes de transformarse en un simple “animador” (después de 1958), Presley es portador de un mensaje de independencia que podría sonar más o menos así: “Soy lo que soy y me someto a las leyes del mercado porque me sirven de algo”.

Metafísicas de la juventud

“La juventud está en el centro del lugar donde nace lo nuevo” escribía Walter Benjamin en 1914, y a continuación añadía: “Existe de nuevo una generación que quiere tener dudas, pero la duda no está en ninguna parte”¹²⁰. Hoy podemos añadir que una fase de la metafísica de la juventud en la que estaba inmerso el mismo Benjamin, aunque observando desde lejos, se ha agotado. El *teenegar* ha muerto, ha declarado un experto como Hebdige, porque su figura ha perdido peso tanto en el imaginario colectivo como en el mercado del consumo; otras imágenes parecen más seductoras, por ejemplo, la de los niños entre seis y nueve años¹²¹. No existe una juventud que dude, ni, como intuyó Benjamin, se vislumbra ninguna duda en ningún lugar, mientras el centro ha desaparecido también. Lo nuevo parece alejarse hacia un futuro lejano o profundizar en aspectos desconocidos de la sociedad o difundirse en la diáspora de las emigraciones y de las culturas.

Tenemos el derecho, pues, de intentar hacer una historia de las metafísicas de la juventud y, como la hemos aligerado de su peso, una historia de la condición juvenil. Deberíamos decirlo en plural: condiciones juveniles, porque no hay duda de que la multiplicidad deberá ser una categoría determinante en tal empresa, junto con ese polimorfismo cultural que los recientes estudios sobre los adolescentes americanos han destacado como concepto crucial para comprender la índole juvenil. Semejante intención de

¹²⁰ W. Benjamin, *Metafisica della Gioventù. Scritti 1910-1918*, Einaudi, Turín, 1982, p.108.

¹²¹ Roberto Gatti, “Morte del teen-ager. Incontro con Dick Hebdige”, en *Linea d'ombra*, 53, (octubre de 1990), p. 57.

estudio puede formar parte de un proceso más amplio con el que la sociedad, atrayendo hacia sí misma las proyecciones que anteriormente había reflejado en los jóvenes, llegue a alimentar una imagen de sí misma más autorreflexiva o al menos a criticar las fáciles ilusiones de regeneración y los temores o deseos de apocalipsis.

Con este fin, igualmente, sería interesante comenzar a analizar la historia de las metafísicas de la juventud. En el estado en que se encuentran los trabajos desarrollados en este ensayo, el intento es seguramente prematuro, pero se pueden indicar algunas direcciones para la investigación: una es la exploración de los antecedentes de los debates a los que nos hemos referido; una segunda alternativa se refiere a la: relación de continuidad y ruptura entre el tema de la cultura juvenil de los años cincuenta y las consecuencias políticas de los movimientos estudiantiles de la segunda mitad de la década de 1960¹²²; y una tercera posibilidad podría ser el análisis comparado del valor de los debates en los contextos socioculturales de los lugares y las épocas en que se llevaron a cabo.

¹²² Varios especialistas han señalado la continuidad de diferentes modos: cf. Kett, *op. cit.*, p. 267; Graebner, *op. cit.*, p. 127; Breines, *op. cit.*, pp. XIII y 201-202. Se trata de una continuidad muy problemática, como la que se estableció entre las agitaciones de las bandas de los años cincuenta y la revuelta de Watts en los años sesenta, o la de las rebeliones de las adolescentes en los cincuenta y el feminismo, sobre las cuales los estudios existentes proporcionan indicaciones sugerentes, pero aún carecen de los suficientes fundamentos. Para establecer de un modo convincente la continuidad o la ruptura entre los fenómenos sucedidos en dos décadas, a mi parecer, son necesarios tanto un suplemento de investigación histórica como una revisión de los análisis socioantropológicos sobre los nuevos movimientos sociales.